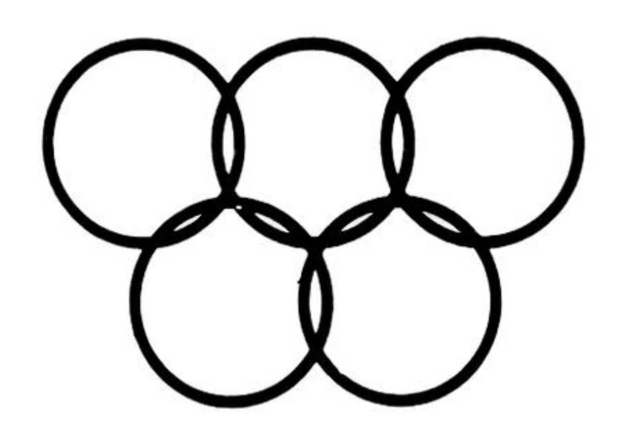


LA MORDEDURA DE LA SERPIENTE

Lem Ryan



COLECCION DOBLE JUEGO



ÚLTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

47— Asesinato en el hipódromo, *Alan Parker*
48— Ocho bajo par, *George Sound*
49— Falso campeón, *Lucky Marty*
50— Indulto en la plaza, *Alex Simmons*
51— La pareja más completa, *Lou Carrigan*

LEM RYAM

LA MORDEDURA DE LA SERPIENTE

Colección
DOBLE JUEGO n.º 53
Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
CAMPS Y FABRES, 5 - BARCELONA

ISBN 84-02-09277-2
Depósito legal: B. 5.015-1983

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: abril, 1983
2.ª edición en América: octubre, 1983

© Lem Ryan - 1983
Texto

© Bernal - 1983
Cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Camps y Fabrés, 3. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Parets del Vallès (N-152. Km 21.650) Barcelona - 1983

CAPÍTULO PRIMERO

Los dos hombres se miraban mutuamente. Vistos así, inmóviles, en medio del césped de aquel jardín, parecía como si ambos sostuvieran una lucha mental, tanteándose, midiendo sus fuerzas con la simple mirada.

Vestían ambos los clásicos atuendos blancos que utilizaban los que practican la lucha oriental. El *kimono.* Más concretamente, el tipo de *kimono* usado en el *Karate* llamado *Karategi.* Y en la cintura, correctamente atados y colocados por encima de los blusones, sendos cintos negros, que revelaban la condición de maestros de aquellos hombres.

Uno de los cinturones, el que llevaba el hombre rubio, llevaba cuatro rayas en uno de los extremos. El hombre en cuestión era, pues, *Yondan* o cuarto *Dan* de *Karate.* Un temible rival, en todos los aspectos.

El otro, solo tenía dos rayas —o sea, era *Nidan*—. En teoría, estaba en desventaja. Pero no era así. La *Katana* de bambú que llevaba en la diestra dejaba bien claro que el arte que dominaba no era el *Karate,* sino el *Kendo,* la «senda de la espada». Quizá el sistema de lucha más noble y antiguo del Japón, ya usado por los legendarios *samurái.*

Era, pues, una lucha entre dos caminos diferentes en las Artes Marciales, más que una lucha de hombres. Se trataba de un combate donde se enfrentaban dos muy diferentes tipos de lucha. El *Zen Ken,* el completo dominio del afilado acero, capaz de causar la muerte instantánea, pues la *Katana* solo debe sacarse para matar (aunque en aquella ocasión fuera de bambú). Y el muy noble y siempre admirado *Karate,* que hace de un hombre, sin más ayuda que sus «manos vacías», una máquina de pelear, devastadora como un huracán, rápida como un disparo y más mortífera que cualquier arma blanca.

Ambos contrincantes permanecían en silencio, en posturas de combate muy diferentes, separados apenas unos metros. Y, mirándolos con suma atención, dos mujeres, también vestidas con blancos *Karategis,* para no romper el encanto de todo aquello. Una de las mujeres era occidental, rubia y de gran belleza. La otra, oriental, de negros y largos cabellos que caían como una cascada de ébano por sus hombros cubiertos por el blanco tejido, e innegable y exótica belleza.

Estaban sentados en el césped, silenciosas, temerosas de romper la tremenda y absoluta concentración de los dos hombres.

Entonces, se produjo el primer ataque.

Un grito poderoso, ronco, cruzó el aire como una seca detonación, mientras el *kendoka* de la *Katana* de bambú se lanzaba sobre el rubio

Karateka, blandiendo la espada con ambas manos por encima de su cabeza.

—¡YYYAAAAAYYYY...!

El *Karateka* no se dejó impresionar por aquel potente *Kiai,* producto de una terrible concentración de energía psíquica lanzada de golpe contra él, y esperó la llegada del atacante. La espada falsa silbó en el aire, buscando la cabeza del *budoka,* sin hallarla pues este la fintó con una gran habilidad.

La *Katana* giró en el aire, buscando de nuevo su cuerpo, en un ataque lateral. El tajo, de haber sido la espada de metal, podría ser mortal. Pero también esto lo esquivó el *Yondan,* dando un salto algo precipitado e instintivo hacia atrás.

Volvieron a mirarse, siempre con la postura de guardia preparada, caminando en derredor. Los labios del *kendoka* estaban curvados por una sonrisa. El otro, en cambio, seguía ceñudo, totalmente absorto en la pelea.

Un nuevo ataque del *kendoka,* pero esta vez directo, con la punta de la *Katana* por delante, mientras sus pies daban un rápido paso hacia adelante. Buscaba la garganta del *Karateka,* en un ataque casi imposible de atajar, por su rapidez.

Pero no sucedió como el de la *Katana* esperaba. El *Yondan* podía haber cogido el arma por la hoja, tranquilamente, por ser de bambú. Pero aquello no sería noble. El resultado, a pesar de todo, fue el mismo.

Con una celeridad impresionante, esquivó la hoja, sin mover los pies del suelo, dejando que esta pasase muy cerca de su cuello. Golpeó entonces con la parte de la mano llamada *Shuto,* desviando su trayectoria. Y, al mismo tiempo, su pierna derecha se disparaba, en una *Yoko-Geri-Jodan o* patada lateral que acabó impactando en el mentón del *kendoka.*

Trastabilló este, a punto de derrumbarse, pero no llegó a hacerlo. Sin embargo, el puño derecho del *Karateka* solucionó aquello en el acto, estrellándose casi con violencia en el plexo solar de su adversario, en un *A temí* que le quitó solamente el aliento, pero que pudo dejarle sin vida

La *Katana* cayó al suelo, inofensiva. Y lo mismo le sucedió a su dueño.

—Bravo... *Neko* —jadeó el derribado, buscando aire desesperadamente —. Ha sido una rápida victoria.

El *Karateka* sonrió, mientras se agachaba para recoger la falsa *Katana,* utilizada en el *Kendo* para los entrenamientos. La volteó en su diestra.

—No, Robert —negó—. No ha sido una victoria en absoluto. Nunca se vence cuando alguien pelea con un amigo. Lo nuestro solo ha sido una demostración de amistad, como las que hacíamos en nuestros buenos tiempos.

Robert Delany se levantó y también sonrió.

—Tienes razón, Donald —admitió—. Pero, a pesar de todo, sigues siendo el mejor. Parece que ese gimnasio al que vas te ayuda a seguir en forma. La última vez que te vi eras *Nidan.*

—Ha pasado bastante tiempo desde entonces.

Se acercaron las dos mujeres, sonrientes. Ahora, en pie, era mucho más evidente la diferencia de estatura. La morena oriental era mucho más bajita que la rubia.

—Bravo, señor Halloway —le aplaudió la rubia—. Ha sido una estupenda pelea. No entiendo mucho de Artes Marciales, pero usted parece un gran luchador.

—Solo un luchador —inclinó la cabeza, agradeciendo el cumplido—. No soy grande en absoluto.

Delany le palmeó la espalda.

—No seas modesto, Donald —rio el joven *kendoka*—. Mi esposa tiene razón, aunque, como bien ha dicho, no entiende mucho sobre estas cosas. Nunca le interesaron. Pero sabes que siempre fuiste el mejor.

Se volvió hacia la bella oriental.

—Nuestros maestros le llamaban *Neko* —dijo.

—*¿Neko?* —se sorprendió la japonesa.

—Sí —afirmó Delany—. Era astuto y rápido como un gato. Parecía siempre perezoso, casi indolente... hasta que sacaba las uñas. Entonces, era temible.

La japonesa dirigió una mirada de ironía a Donald Halloway.

—Conque *Neko,* ¿eh?

—Es cierto, Keisho —asintió el joven *budoka*—. Así me llamaban mis maestros.

Entonces, Keisho le dijo algo en japonés. Y lo dijo tan rápido, que Robert Delany, que entendía dicho idioma a la perfección, solo llegó a captar un meloso «gatito mío».

La señora Delany les miró, sin comprender.

—¿Qué ha dicho? —se interesó.

Donald Halloway miró con reproche a la japonesita.

—Nada importante, señora —respondió—. Solo era una broma de mal gusto.

Dorothy Delany sonrió, mirando con simpatía a Keisho Ozawa.

—¿Entramos en casa? —preguntó—. No vamos a estar todo el rato aquí, peleando.

Aceptaron, y, poco después, se dirigían hacia el *bungalow* del matrimonio Delany.

—¿Os vais a quedar mucho tiempo en nuestra bendita Inglaterra? —preguntó entonces Halloway.

Robert se encogió de hombros.

—No lo sé, muchacho —respondió—. Ser reportero gráfico no es una profesión cómoda. Siempre tenemos que estar viajando. Y ahora más que nunca, con la situación internacional, las tensiones en el Oriente Medio y

Sudamérica, etc... Trabajamos más que nunca. Por ahora, estoy de vacaciones, pero si me llaman para algo debo ir a propulsión.

—Sí —asintió el joven—. Debe ser un trabajo mi agitado.

Entraron en la casa. La puerta estaba abierta, a que no necesitaron pararse.

—Me parece que ambos tenemos el gusanillo de aventura metido en el cuerpo —sonrió el periodista.

—Yo no —suspiró el *budoka*—. Ya he vivido demasiadas aventuras. Ahora prefiero enseñar a mis alumnos en el *Kami* todo lo que yo aprendí en *Shin-ji.* Para mí se acabaron las emociones fuertes.

Robert Delany bajó la cabeza, como avergonzado.

—Lo siento, Donald —se disculpó—. Me olvidé. Algo leí en los periódicos hace unos meses. Al principio no lo quise creer. Ted... era un gran hombre.

—Y murió por ayudarme —el joven se dejó caer en un sillón—. Yo le pedí que viniese conmigo. Y lo único que consiguió fue que una *Katana* le quitase la vida.

Keisho Ozawa se mordió el labio inferior y se sentó en el apoyabrazos del sillón, acariciando después los rubios cabellos del joven *Sensei.*

—Olvídalo, Donald —le dijo—. Tú no tuviste la culpa. Ellos... eran unos asesinos. Ellos le mataron. No debes reprocharte nada.

—Ella tiene razón, señor Halloway —apoyó Dorothy—. Usted nada tuvo que ver. Hizo lo justo, que es lo más importante. Lo de Ted Rogers era imprevisible.

—Era mi amigo, señora Delany. Y ahora tengo dos muertes sobre mi conciencia. Hace ya años que también murió una mujer inocente por mí culpa[1].

Robert Delany resopló y procuró cambiar enseguida de tema. El ambiente se estaba caldeando demasiado y eso no era bueno.

—Y... ¿Qué tal te va con el gimnasio? —preguntó.

Keisho Ozawa agradeció con una sonrisa la buena intención del compañero de Halloway. Y, al ver que su amigo y amante no respondía, lo hizo ella. Le va bien, gracias. Sus alumnos son maravillosos y él es un gran profesor de *Karate.* Lo sé porque soy alumna suya.

Dorothy miró el cinto negro que la joven japonesa llevaba atado a la breve cintura.

—¿Es alumna suya? ¿Cinturón negro?

—Primer *Dan* de *Karate-Do* —respondió Keisho, orgullosa tanto por ella como por su joven profesor—. Con Donald se aprende rápido.

El aludido negó con la cabeza, sonriendo de nuevo.

—Eso no es cierto. Me está alabando —comentó—. Ella posee mucho talento para las Artes Marciales. Es también *Shodan* de *Judo.*

—Vaya —silbó Delany—. Entonces, tampoco me puedo meter con ella.

Rieron todos, rota ya la tensión antes existente. Ese gimnasio... —dijo de repente la esposa de Robert—. ¿Cómo dijo que se llama?

—*Kami* —respondió Keisho—. En japonés, significa «divino».

Pareció pensativa durante unos instantes la rubia beldad.

—El *Karate*... ¿Es difícil de aprender?

—En absoluto —negó el *Sensei*—. No es difícil. Es... laborioso. Requiere, eso sí, mucho entrenamiento y práctica. No solo para acostumbrar al cuerpo a actuar. También para adquirir experiencia en los combates. El tiempo y la voluntad son los únicos factores importantes.

—A mí tiempo no me falta —sonrió Dorothy—. En realidad, tengo todo el del mundo. Robert nunca me lleva con él y quedo sola mucho tiempo, aburrida. Necesito algo que me distraiga. Pensé en trabajar, pero también el *Karate* puede ser divertido.

—¿Qué quieres decir? —preguntó su marido, mientras llenaba unas copas con algo de licor.

—Que me voy a meter al *Kami* —respondió la rubia, decidida—. Dedicaré mi tiempo libre a aprender *Karate. O,* al menos, lo intentaré. ¿Qué hay que hacer para meterse?

—Nada —sonrió el joven Halloway—. Solo pagar una matrícula y las cuotas mensuales.

—Y obedecer en todo al *Sensei,* una vez dentro —terció Kaisho.

Robert Delany, *Nidan* y *Kendo,* compañero en *Shin-ji* (el *Templo de la Verdad,* un lugar perdido en Asia donde los hombres que entraban aprendían el verdadero espíritu del *Gudo,* hallando el camino de la paz espiritual), de Donald y reportero profesional, miró a su mujer, sorprendido.

—Increíble —admitió—. Llevo tres años casado con ella y nunca logré que se interesase por esas cosas. Y ahora, repentinamente, es ella, por su propia voluntad la que lo pide.

—A algo tengo que dedicar mi tiempo —se encogió de hombros la mujer—. Si no, cuando estés fuera, me aburriré como una ostra.

—Estaré encantado de tenerla como alumna —habló Halloway.

—¿Cuánto se tarda en conseguir el Cinturón Negro?

—Por regla general —hizo un rápido cálculo mental—, unos tres años.

—¿Tres años? —se asustó Dorothy—. ¿Y usted cuánto...?

Donald sonrió antes de decir:

—Casi diez años.

—Dios... —resopló la joven esposa de Robert—. A eso se le llama moral. Voluntad a usted no le falta... ¿verdad?

El joven no contestó.

—¿Todavía sigues opinando lo mismo? —preguntó, irónico, Robert Delany.

Dorothy le fulminó con la mirada.

—¡Claro que sí! Así no me aburriré durante tres años seguidos, como mínimo.

—Lo veremos... —suspiró el *kendoka*—. Y desearía que así fuera.

Tendió una copa a su mujer. Y después, a sus invitados.

—Creí que no bebías —comentó Donald —Esta es una ocasión especial. Hacía mucho tiempo que no nos veíamos. Casi cuatro años, si no recuerdo mal. Y eso merece una copita.

No lo rehusaron por no parecer descorteses. Bebieron un corto sorbo. Keisho se atragantó al sentir el fuego del alcohol en su garganta y tosió repetidas veces. Donald procuró aguantarse.

—¡Puaj! —logró articular la oriental—. No sé por qué a la gente le gusta esto. Está malísimo.

—Pues es una de las mejores marcas —rio el antiguo compañero de Donald—. Pero entiendo lo que quiere decir. A propósito, Donald... —se dirigió al rubio *budoka*—. ¿Has vuelto en estos tres años a *Shin-ji?*

—Sí —Donald dejó la copa sobre una mesa—, hace cosa de un par de años, cuando decidí establecerme en el *Kami*.

—¿Sigue aquello igual?

—Como siempre, sigue siendo un lugar maravilloso.

—Me gustada volver algún día.

Keisho les miró, extrañada.

—¿Qué es eso del *Shin-ji,* del que tanto y tan bien habláis? —preguntó.

—¿No te lo contó Donald? —se sorprendió el periodista—. Entiendo. Todos los que estuvieron allí alguna vez juran no decir nada a nadie sobre ese lugar. Pero aquí estamos entre amigos. Mi mujer ya lo sabe. ¿Se lo cuentas tú o lo cuento yo?

—Lo haré yo —sonrió el joven, poniéndose en pie—. *Shin-ji* es un sitio maravilloso, Keisho. Sé que te gustaría si fueras. Y no te preocupes, pues algún día iremos. Es, como su propio nombre indica, un templo dedicado a la búsqueda de la Verdad. El lugar exacto donde se encuentra no lo podemos decir, pero sí me encantó. Aprendí mucho en aquel lugar y todo lo que soy se lo debo a los hombres que allí vivían.

—Por lo que cuentas, debe ser muy bonito.

—Lo es —aseguró el *budoka.*

Dorothy habló entonces:

—¿Os apetecería quedaros a cenar?

—No, gracias —agradeció la invitación con un gesto—. Hoy no es fiesta y mis alumnos me esperan. Debo volver cuanto antes a la ciudad para ganarme las habichuelas.

—Sí —también se levantó Keisho—, debemos volver, pero muchas gracias por la invitación. Quizá otro día...

—Otro día será —sonrió la rubia señora Delany—. Podéis utilizar el lavabo para cambiaros. Dentro tenéis vuestra ropa.

—Gracias de nuevo por todo —inclinó la cabeza el joven *karateka*—. ¿Vienes, Keisho?

La aludida asintió, y ambos se dirigieron al lavabo, como dijera la señora Delany, allí estaban sus ropas, Keisho cerró el pestillo de la puerta.

—Parece que aún no lo sé todo sobre ti —comentó, irónica—. Hoy he aprendido más.

—Yo tampoco te conozco del todo, amiguita —se sorprendió el joven, mientras comenzaba a desnudarse—. Pero no te preocupes. Estas cosas tienen fácil solución.

—No creo que nunca nos conozcamos del todo sonrío la muchacha japonesa—. Y quizá sea lo mejor. De otra manera, nuestra unión sería un aburrimiento continuo.

—Y a ti tampoco te gusta aburrirte... ¿Verdad?

—A nadie le gusta —se encogió de hombros Keisho—. Al menos, eso creo.

Donald quedó en *slip* ante la joven oriental. Ella le miró, picara.

—Esta noche no me arañarás, ¿verdad? —preguntó con sorna.

—Esas bromas no me gustan nada —se mosqueó el joven.

—No te preocupes —sonrió—: a mí me gustan mucho los gatos.

—Muy graciosa —la cogió por los hombros—. Esta noche te arrearé en el trasero si te pones tonta con esas burradas.

Ella le sacó la lengua, en señal de burla, sus almendrados ojos brillaron más de lo normal.

—Te arañaré los ojos como una gatita furiosa —dijo después.

Donald encajó las mandíbulas y la besó con fuerza. Buscó con desesperación la lengua... pero no la encontró. Desilusionado, separó su boca de aquellos exóticos labios.

—Maldita seas, cada día me vuelves más loco —se quejó—. ¿Qué te pasa? ¿No era esto lo que buscabas?

Su mano se introdujo bajo el blusón del *Karategi* y acarició uno de los desnudos pechos.

—Sí, amor mío —sonrió, voluptuosa, acariciando al joven a su vez—. Pero estaría muy feo abusar tanto de unos amigos.

—¿Te burlas? —buscó algún indicio en su mirada y dijo—: Pues estamos bien... Ahora, encima, me tengo que aguantar.

Keisho hizo esfuerzos tremendos para no reírse ante la turbación del hombre.

—Solo un poquito, cariño —le aconsejó—. Después, podremos parar

unos minutos en la carretera, si nos damos prisa. Será una experiencia muy interesante.

Donald sonrió. Se sentía muy feliz junto a Keisho, a pesar de lo mucho que ambos sufrieron meses antes, por las muertes de tantos seres queridos. Pero, aunque sus almas continuaban teñidas por el luto, eran felices estando juntos.

—Sí, será muy interesante —admitió—. Pero vístete o se nos hará tarde.

Poco después, ambos habían cambiado los blancos atuendos de *Karatekas* por ropas de calle propias de una primavera algo fría. Keisho, antes de salir, le dio un beso.

—¿Y esto? —se sorprendió el *Sensei*—. ¿Por qué?

—Porque eres maravilloso —respondió la joven—. Y porque te quiero.

Salieron. Y allí estaba la señora Delany, ya cambiada, con un sencillo vestido rojo y azul. Sobre un sillón estaba su *kimono.*

—Mi marido está cambiándose —aclaró ella—. Ha subido arriba.

—Despídanos de él, pues ya debemos irnos —dijo Donald—. Ha sido una tarde muy agradable. Nos volveremos a ver.

—Se lo diré —sonrió Dorothy—. Y mañana mismo iré al *Kami* a sacarme la matricula.

—Me alegro.

Abrió la puerta del *bungalow.*

—Hasta mañana, entonces —se despidieron.

—Hasta mañana. Adiós, Keisho.

Se alejaron, notando a sus espaldas la mirada de Dorothy Delany, caminando hasta el automóvil de Keisho, un deportivo de color azul eléctrico, aparcado muy cerca.

* * *

El asesino miró a su presa a través de los binoculares.

Sonrió. Se estaba acercando al automóvil. Era el momento.

Dejó los prismáticos en la guantera de su vehículo y, al sacar la mano, sus dedos enfundados en negro cuero sacaron algo metálico, que en su poder era un instrumento mortal.

Un revólver. Negro, pavonado.

Los ojos del asesino brillaron, como reflejando el fulgor que en su mente producían algún oculto motivo. Odio. Tal vez crueldad...

Con expresión glacial, amartilló el revólver. Se oyó el ¡click! característico del percutor al ceder bajo el tirón de su pulgar.

Sin dejar la pistola, puso en marcha el vehículo. Los faros, al encenderse, rasgaron la ya casi total oscuridad de la noche. El asesino miró su reloj de pulsera. Eran las siete de la tarde. A las ocho, Donald Halloway

debía estar en la ciudad, con sus alumnos.

Sonrió de nuevo. Pero eso era en teoría. En la realidad, Halloway estaría *muerto,* tendido en un charco de su propia sangre.

Sin más dilaciones, pisó el acelerador.

CAPÍTULO II

—Menos mal que la carretera está cerca de la casa de Robert —suspiró Donald Halloway—. De otro modo llegaríamos tarde al *Kami*.

Keisho le miró, mientras abría la portezuela del automóvil, la del conductor.

—Quizá —comentó— lleguemos un poquito tarde de todas maneras. Recuerda que tenemos una nueva experiencia entre manos.

—No lo olvido —rio el joven.

Donald se acercó a la puerta izquierda, dispuesto a entrar en el automóvil. La promesa de Keisho le hizo sonreír abiertamente.

Entonces, oyó el furioso rugido de un motor que se acercaba por la carretera, en la misma dirección que ellos iban a tomar. Miró hacia allí. Vio dos ojos brillantes, cada vez más cercanos.

La luz de los faros le bañó por completo, cegándole. Y entonces, algo se disparó en su interior, como un presentimiento de catástrofe. De *peligro.*

Demasiadas veces había sentido la cercanía de la Muerte como para haber olvidado aquella sensación.

Vio, borrosamente, semioculto por la potente luz, un brazo del invisible conductor de aquel vehículo, salido por la ventanilla. Un brazo, que sostenía algo.

La comprensión se abrió paso a su mente con la rapidez del relámpago.

¡Un revólver!

Y, entonces, actuaron sus portentosos reflejos, cuando ya el extraño automóvil llegaba a su altura. Se tiró al suelo, mientras gritaba todo lo fuerte que podía:

—¡Keisho, cuidado!

Una seca detonación llegó a sus oídos cuando rodaba por el asfalto, intentando no golpearse en la cabeza, borrando cualquier otro sonido. Y después, el maullido agónico del metal al ser atravesado por un proyectil de níquel.

Quedó tendido unos segundos en el suelo, mientras oía que el coche se alejaba. Intentó leer la matrícula, pero, por extraño que pareciese, no tema.

Por fin, el automóvil se perdió en la distancia.

—¡Donald! —oyó la voz asustada de Keisho Ozawa, su compañera y amante—. ¿Estás bien?

—Sí, cariño —se levantó, sacudiéndose el polvo que se adhirió a sus ropas—. No pasa nada. ¿Tú te encuentras bien?

—Perfectamente. Fue un disparo... ¿verdad?

Donald buscó algo en el metal de la portezuela. Y lo halló. Un agujero. Solo uno. A la altura de su estómago y en el mismo lugar que él ocupaba apenas unos instantes antes de tirarse al suelo.

—Me temo que sí, Keisho —asintió, grave—. Han querido matarme.

* * *

El inspector Collins, de New Scotland Yard, enarcó una ceja. La derecha, para más señas.

—¿Matarle, señor Halloway? —inquirió, al mismo tiempo que encendía una apestosa cachimba—. Sin embargo, no tiene usted el aspecto de ser un hombre que ha escapado por pelos de las garras de la muerte.

Donald Halloway masculló algo entre dientes y maldijo con todas sus fuerzas el flematismo británico.

—Y, según usted... ¿Qué aspecto debe tener?

Collins, sin dejar de chupar la pipa, se rascó la calva, como meditando.

—Sí —pareció decirse a sí mismo—, supongo que eso no tiene ninguna importancia—. Y, volviéndose hacia el joven, preguntó—. ¿Cómo sucedió?

Halloway no tuvo que hacer muchos esfuerzos para recordar pues había ido directamente a denunciar el hecho a la *Police*, después de informar por teléfono al *Kami*. Se lo refirió todo con pelos y señales.

—¿Un solo tiro? —le preguntó el inspector, desde la mesa de su despacho, cuando concluyó el relato de los hechos—. ¿Está usted seguro?

—Sí —afirmó el joven—, uno solo. La bala atravesó el metal de mi puerta, dejando un gran agujero, y supongo que debe estar alojada en su interior.

El inspector de Scotland Yard se quitó la mareante pipa de la boca, miró unos instantes, de reojo, a la joven Keisho Ozawa, que estaba sentada junto a Halloway y pulsó un botón del interfono que había en su mesa.

—Agente Roscoe —llamó, sin alterarse su voz—, examine un automóvil que se halla aparcado frente al edificio, en busca de impactos de bala. Si encuentra algún proyectil, llévelo a balística y que me informen cuanto antes.

—Es un Triumph azul —informó la japonesa.

—Se trata de un Triumph azul, Roscoe —dijo, y, cuando acabó de hablar y cerró el interfono, agradeció—. Gracias, señorita...

—Keisho Ozawa —sonrió.

—¿Japonesa?

—Así es.

—Hermoso país Japón —comentó—. Y hermosas sus mujeres.

—Gracias, por la parte que me toca —inclinó la cabeza Keisho, en un gesto muy poco oriental pues en Japón las mujeres, para saludar, deben inclinar el torso hasta formar casi un ángulo recto con su cuerpo.

Collins volvió a llevarse a los labios la cachimba y miró a Donald. El hedor a tabaco de pipa ya era insoportable, pero nadie comentó nada.

—Ahora, deben contestar a algunas preguntas ambos. Cuestión de formulismos.

Tanto Donald como Keisho asintieron. Sabían, por anteriores experiencias, cuál era el papeleo de la burocracia policial.

—Usted me dijo que se llama Donald Halloway y ya me dio su dirección... —recordó—. ¿Cuál es su oficio?

—Soy profesor —respondió Donald.

—¿Profesor? —lo anotó en una libreta—. ¿De qué?

—De *Karate* —sonrió el joven—. En realidad debería decir que soy *budoka,* pero me gano la vida enseñando en un gimnasio.

—Ah, *budoka...* —asintió el policía—. Entiendo. El gimnasio... ¿Cómo se llama?

—*Kami*.

—¿Y usted, señorita Ozawa? —se volvió hacia ella.

—También soy *budoka.* Pero, por ahora, también soy la propietaria de una compañía naviera en Japón —respondió.

Collins resopló, dejando la pipa sobre la mesa.

—Una compañía naviera... ¿Eh? Ahora recuerdo algo sobre ustedes, aparecido en los periódicos de hace algunos meses. Un compañero mío estuvo a punto de volverse loco por su culpa. Donald Halloway y Keisho Ozawa, *budokas...* Fue muy turbio aquel caso, por lo que recuerdo. Se mezclaban asesinatos y drogas... y ustedes eran el centro de todo.

—Como usted dijo, eso sucedió hace meses —comentó, algo seco, el *budoka.*

—Pero ustedes fueron los protagonistas —sonrió el policía, volviendo de nuevo a chupar la pipa—. Y, según tengo entendido, ustedes solitos desarticularon toda una banda de traficantes de drogas y descubrieron a un misterioso y despiadado asesino.

—No era un asesino —aclaró el joven—. Solo era una mujer que quería justicia, pero que no podía tomársela de otra manera. Después de todo... ¿Cómo probar que el hombre al que matas fue el asesino de tu padre?

—Supongo que tiene razón —se encogió de hombros el policía—. Pero, no me puede usted negar que este intento de homicidio será difícil de resolver. Ante todo, porque no es usted hombre que favorezca la labor de la policía. Y después, porque un hombre como usted, que al parecer fue en otros tiempos un aventurero, debe tener muchos enemigos, ¿no es así?

—Sí, es cierto.

—¿Sospecha de alguno?

Donald suspiró antes de decir:

—Sospecho de todos.

* * *

Cuando salieron de Scotland Yard, Donald comentó:

—No sé por qué pero tengo la impresión de que la policía no va a sacar nada en claro de todo esto. El informe de Balística lo ha dejado bien claro.

Keisho asintió, pesarosa, mientras miraba el cielo estrellado, extrañamente libre aquella noche del típico *smog* londinense.

—La bala era del mismo calibre que el de la policía, cuando usa armas. Y el revólver que la disparó era del tipo reglamentario.

Donald se pegó un manotazo en la frente, para que los rebeldes cabellos no le dieran en los ojos por culpa de aquel viento que les atacaba por retaguardia. Todo lo que Keisho había dicho era cierto.

—Mal asunto —opinó—. Alguien quiere matarme y no tenemos ni una sola pista. Ni siquiera un motivo claro.

Keisho le agarró del brazo y le miró con reproche.

—Escúchame, Donald Halloway —estaba tenso su bonito y aceitunado rostro—. Voy a hablarle al hombre, no al *budoka* ni al aventurero. Deja este asunto para la policía. No has aceptado la protección que te ofrecían, pero no debes estorbarles. Ni seguir arriesgando tu vida.

Donald sonrió y cogió su barbilla con dulzura.

—¿Sabes que estás muy bonita cuando te enfadas, mi preciosa nipona? —bromeó—. Debo hacerte enfadar más a menudo. Merece la pena.

—No te burles —rio la japonesa, dándole un pisotón que le obligó a soltar un grito de dolor. Después, le abrazó apasionadamente—. Te necesito demasiado para correr el riesgo de perderte.

Donald la besó fugazmente en los labios.

—No te preocupes —la tranquilizó—. No me mezclaré en este feo asunto, salvo para defender mi vida... o la tuya, en caso de peligro. Te lo juro.

—Eso está mejor —rio alegremente la nipona, sin parar de caminar hacia su automóvil.

* * *

El telegrama era claro y conciso. Lo remitía el abogado de Keisho, desde Tokio, y daba una buena noticia para la alumna de Donald Halloway. Nada menos que la suspensión de las investigaciones por parte del Gobierno japonés sobre el negocio de Taro Ozawa, el padre de Keisho, ya finado. Por tanto, la naviera de la que la joven era propietaria por herencia quedaba libre y a punto para trabajar.

Pero su abogado aconsejaba que Keisho regresase al País del Sol Naciente para unos asuntos de puro papeleo que el leguleyo no podía resolver.

—Debes ir —dijo Halloway cuando se enteró.

—Pero... —fue a protestar la joven.

—Has estado mucho tiempo esperando este telegrama —la interrumpió el *Karateka*—. Ahora que por fin llegó debes ir a Japón. Es puro trámite.

—¿Y tú?

—Creo que puedo defenderme solito —sonrió—. Lo demostré innumerables veces. Soy un hueso duro de roer. Muchas veces me amenazaron de muerte y aún sigo en este mundo, más fresco que una lechuga.

La cogió por los hombros.

—Además, Keisho, me disgustaría mucho que no fueses. Quiero que seas feliz.

—Ven tú conmigo —una lágrima estuvo a punto de resbalar por sus mejillas.

Donald negó con la cabeza.

—No puedo, Keisho —respondió—. El *Kami* sigue necesitándome. Y mis alumnos. No puedo marcharme. Tampoco hay motivo para preocuparse tanto. No pasará nada. Dos ataques tan seguidos sería apresurarse y fallar en algo. Y no creo que ese tipo sea tan descuidado.

Keisho tomó aire, irguiendo el busto para infundirse valor.

—De acuerdo —suspiró—. Tomaré el avión esta tarde y atenderé esos asuntos con rapidez, pondré un poco de orden en el negocio, pondré a un encargado de confianza y volveré. Espero no tardar más de tres días.

—Así me gusta verte —le dio cariñosamente con el índice en la nariz —. Segura, decidida... No me gustan las mujeres blandengues y gimoteantes.

—Tonto —rio la mujer, y se lanzó a sus brazos.

Poco después, allí mismo, sobre la alfombra, los cuerpos del nervudo *budoka* y de la hermosa oriental estaban unidos. Y se entregaban al uno al otro con la misma pasión que la primera vez, sin tabúes. Para ellos, el Amor era la única ley.

* * *

Keisho Ozawa tomaba unas horas después un vuelo con escalas hasta Japón y, por primera vez en muchos meses, Donald Halloway sintió un extraño vacío en su interior. Y un presentimiento nada agradable.

Quedaba ahora solo durante algunos días. Keisho dijo tres, pero no podía saberlo con exactitud. Quizá fueran menos... Quizá la cosa fuera más complicada y necesitase más tiempo... Esos asuntos siempre llevan consigo la incógnita de las fechas.

Pero la vida seguía. Y el joven *Karateka* aquella noche debía volver al *Kami*, al gimnasio en el que trabajaba, para enseñar a un puñado de

alumnos de edades muy dispares el *Do,* el camino del *budoka,* y la siempre entretenida teoría del *Karate,* que después se llevaba a la práctica sobre el *tatami.*

Y así lo hizo. Con paso seguro, emprendió la marcha hacia el gimnasio, que se hallaba a poca distancia de su piso.

Cuando llegó, se quedó mirando el edificio, todo él dedicado al gimnasio, propiedad de una cooperativa de la que él formaba parte. Ahora, por la noche, un gran rótulo sobre la entrada anunciaba: KAMI. Y debajo, en letra más pequeña: *gimnasio.*

Después, en letra aún más menuda, estaban todas y cada una de las disciplinas y deportes que se practicaban en el *Kami*, desde todo tipo de Artes Marciales orientales, hasta el boxeo, la esgrima, la gimnasia propiamente dicha, etc... Y también masajes, saunas, solárium... Y todo ello para ambos sexos y para gentes de cualquier edad y condición, raza o credo.

El sueño de muchos deportistas hecho realidad por un puñado de hombres y mujeres que aunaron su esfuerzo para conseguirlo. Ahora, él formaba parte de aquel mundo. Las aventuras, el peligro... quedaron atrás.

Cuando entró, vio a muchos conocidos a los que saludó con jovialidad. Todos ellos eran compañeros suyos, o gente que practicaba algún deporte dentro de aquel complejo, o alumnos... Habla una gran camaradería entre ellos.

—¡Donald! —oyó una voz de mujer a su lado.

—Jean —saludó a la nueva secretaria del centro, que ya llevaba varios meses en él y se había ganado la amistad de todos por su simpatía—. ¿Qué hay? ¿Por fin vienes a mí para suplicarme que te ame?

Rio la pelirroja, halagada en cierto modo por el atractivo *Sensei.* Pero se lo merecía. Tenía unas curvas impresionantes.

—Quizá algún día lo haga —le siguió el juego, guiñándole un ojo con picardía—. Pero antes son los negocios.

—Yo que creía que por fin te ibas a rendir ante mi belleza —se quejó, fingiendo estar dolido—. Habla, mujer perversa. Rómpeme el corazón contándome las últimas nuevas.

Jean no pudo evitar el reírse, pero al fin, recuperada, logró decir:

—Déjate de tonterías y escucha: tienes una nueva alumna. Se llama...

—Dorothy Delany —recordó el joven.

—Así es —se sorprendió la pelirroja—. ¿Cómo lo sabes?

—Me lo dijeron tus ojos —se mofó—. ¿Algo más?

—Sí —se puso seria de pronto—. ¿Qué ocurrió ayer? Les dije a los chicos que no podías venir pues tenías problemas y todos comenzaron a hacer preguntas.

—Te lo contaré después —se evadió el *budoka*—. Ah, sí viene algún

policía preguntando por mí, me avisas sin perder un segundo. ¿De acuerdo?

—Lo que quieras —se encogió de hombros Jean—. Pero espero que luego me lo cuentes todo. No te dejaré salir hasta que lo hagas.

—¿Serías capaz de ir hasta mi dormitorio solo por saberlo y entregarme tu corazón?

Jean hizo un mohín y se marchó con rápido taconeo, fingiendo un enfado que no sentía en modo alguno.

«Una chica encantadora —opinó Halloway—. Espero que no tenga un pasado turbio como la que la antecedió. No me gustaría que también ella fuera una *ninja* y terminara haciéndose el *Hara-Kiri*».

Esos recuerdos le trajeron amargura, al volver a revivir la muerte de su amigo y compañero, el detective Ted Rogers, y al ver de nuevo en sus brazos el sangrante y agonizante cuerpo de una vengativa mujer-*ninja,* envuelto se le pasó, mientras caminaba hacia la estancia dedicada a la enseñanza del *Karate* dentro del *Kami*.

En la entrada, una serie de fantásticos dibujos orientales, representando guerreros en plena lucha, aparecieron ante él. Y, en medio, dos caracteres japoneses, que él entendía a la perfección: KARA y TE. *Karate,* unidos, formando un solo significado, pero más que una simple palabra. Era toda una idea. Toda una filosofía de no-violencia, de paz... Pero también de poder. Significaba *Manos Vacías* y era el supremo arte que él dominaba.

Abrió la puerta con cuidado, procurando no hacer ruido. Como un gato cauteloso. Sus alumnos estaban allí, divirtiéndose, gastándose bromas, como siempre hacían antes de que él entrase.

Se metió en los vestuarios y, rápidamente, se quitó aquellas incómodas ropas que llevaba y se colocó su *kimono* blanco, que hasta entonces llevaba en una bolsa de deporte. Con rápidos movimientos, se puso el cinto negro con las cuatro rayas de *Yondan* y después acarició la palabra *Karate,* que también estaba bordada en su *karategi,* en negro, en japonés, como lo de la entrada, a la altura del pezón izquierdo.

Después, salió. Iba descalzo y no hizo ningún ruido, pero sus alumnos se quedaron en silencio de pronto, mirándole. Allí estaba también Dorothy Delany, con el *karategi* que tuvo el día anterior y un cinturón blanco ciñendo su talle. Ya parecía haberse hecho algunos amigos. Y eso era bueno.

Al verle aparecer, sus ojos se encontraron. Pero Donald no pareció darse por enterado y ordenó:

—Todos, al *tatami,* y comenzad a correr en rededor.

Una veintena de alumnos de ambos sexos, la mayoría de ellos jóvenes, entraron en el *tatami* verde, obedeciendo al instante, pero sin olvidarse de saludar al *Kanku,* símbolo del *Karate,* antes de entrar.

—Dorothy Delany —llamó al joven *Sensei*—. Quiero hablar contigo.

La aludida, que, sin saber qué hacer, confundida, había quedado inmóvil, caminó hacia él.

Donald sonrió.

—Me alegro de verte —dijo—. Cumpliste tu palabra.

—¿Ahora me tutea, señor Halloway? —se sorprendió la mujer—. Antes no lo hacía.

—Ahora es diferente. Eres mi alumna, además de la esposa de un amigo.

—¿Te puedo tutear yo? —preguntó ella.

—Fuera del *Tatami,* sí —sonrió de nuevo el joven—. Pero no aquí. El respeto hacia el maestro puede parecerte exagerado en Londres, pero en el *Kami* se cumple a rajatabla, pues demuestra humildad, cosa muy importante en un Arte Marcial. Ahora no lo entiendes, pero llegarás a hacerlo cuando profundices en su filosofía. Aquí, todo el mundo me llama *Sensei.* Tú debes hacer lo mismo.

La miró con detenimiento.

—Te queda muy bien el *Karategi* —opinó—. ¿Te enseñó Robert a ponértelo?

—Así es —asintió—. No quería que yo, la mujer de un *Kendoka,* no supiera ponerme el *Kimono.* A propósito... No veo a Keisho.

—Se ha marchado a Japón por unos días —suspiró el *Sensei*—. Asuntos de negocios. Pero volverá pronto. Ahora, podemos comenzar la clase. Al principio, no entenderás nada de lo que digo. No te preocupes. Haz lo que veas hacer a los demás y, poco a poco, se te irán quedando las palabras. Y no olvides saludar al *Kanku* cuando entres en el *Tatami.*

Dorothy le miró como embobada.

—Esta mañana la policía estuvo en mi casa —dijo—. Empezaron a hacer preguntas sobre lo de anoche.

Donald sacudió la cabeza.

—Siento haberos metido en problemas —se disculpó.

—No te preocupes —sonrió la esposa de Delany—. Lo importante es que no te pasó nada. Y ahora entremos en el *Tatami, Sensei.*

* * *

Una vez acabada la clase, los alumnos salieron del *Tatami* a toda prisa, para coger las duchas vacías.

Cuando el último *¡Ous!* dirigido al *Kanku* se perdió *en* el aire y solo quedaron algunos fuera de los vestuarios, esperando su turno, Dorothy Delany se dejó caer sobre la verde tela del *Tatami,* agotada, con los rubios cabellos chorreantes de sudor y la piel brillante por la transpiración. Cerró los ojos. ¡Estaba molida!

Donald Halloway se acercó a ella y se arrodilló. También él estaba

sudando, pero no tan cansado como ella.

—¿Cansada? —preguntó, sonriente.

—Hecha polvo —jadeó ella—. Creo... creo que no puedo ni moverme. ¡Esto es agotador! ¡Un auténtico crimen!

Donald rio.

—Pues hoy la clase ha sido más suave que en otras ocasiones, para no ponerte de golpe en una dura sesión.

—Qué ánimos me das —se atragantó la mujer.

—Ya te irás acostumbrando —sonrió el joven *Sensei*—. En un par de meses, esto será para ti un juego de niños.

Dorothy se sentó, haciendo un esfuerzo. El sudor formaba ya gotas que descendían por su cara.

—Eso espero —resopló—. ¡Qué calor! ¿La calefacción está en marcha?

—Así es —asintió Donald—. Pero no puedo quitarla. Dentro de poco, vendrán más alumnos.

—¿Más? —Se asombró Dorothy—. ¿Y vas a hacer lo mismo?

—No, esa clase seré más dura. La mayoría son ya mayores de edad.

—¿Y lo aguantarás?

—Todos los días hago esto, Dorothy —sonrió—. Estoy acostumbrado.

—La mujer se quitó el sudor de un manotazo.

—Dos horas seguidas... —sintió que todo daba vueltas ante la idea—. ¿Y Keisho aguantaba este ritmo?

Una carcajada salió de la garganta del *Sensei,* mientras decía:

—Keisho se quedaba las dos horas.

La señora Delany quedó con la boca abierta.

—Puede que te parezca una chica débil —siguió diciendo el *Yondan*—. Pero no lo es en absoluto. El cinturón negro que lleva se lo ganó a pulso, entrenándose todos los días incluso fuera del *dojo,* luchando a brazo partido conmigo para perfeccionar su técnica. Y, dentro de un par de años, o quizá menos, si sigue a este ritmo, será *Nidan.*

Dorothy sonrió.

—Es una gran discípula... ¿verdad? —preguntó.

—Lo es —afirmó, orgulloso por Keisho—. Se sacó el cinturón Negro cuatro meses después de llegar al primer *Kyu,* o sea, al marrón con raya. Y ahora, cada vez que puede, se pelea conmigo para el *Nidan.* Pero en ese tardará más.

Oyeron voces. Ya llegaban los otros alumnos.

—Será mejor que te cambies —la ayudó a levantarse—. A menos que quieras quedarte la otra hora, claro.

—¡No! —se horrorizó Dorothy—. La cosa deberá ir poquito a poco.

Fue a salir.

—Te olvidas algo —advirtió el joven.

—¿Qué?

—El saludo al *Kanku* —recordó, paciente.

—¡Ah, sí! —rio Dorothy, adoptando *Fudo-dachi,* o postura inicial, y saludando—. *¡Ous!*

Y, cuando ya estaba fuera del *tatami,* preguntó:

—¿Cenamos juntos?

Donald solo tuvo tiempo de decir «está bien», pues ya comenzaban a entrar los alumnos de la segunda clase.

CAPÍTULO III

Eran ya pasadas las diez de la noche cuando acabó la segunda clase y Donald Halloway pudo salir, con la bolsa de deporte en la mano. Dentro, iba su *Karategi.*

Dorothy le esperaba, vestida con unos pantalones negros, muy ajustados, y un abrigo de pieles. Bajo el abrigo llevaba una blusa blanca. Y el *kimono* seguramente lo llevaba en un bolso que colgaba de su brazo.

Al verla, Donald quedó maravillado. No cabía la menor duda acerca de su belleza.

—Robert tuvo muy buen gusto al pedirte en matrimonio —dijo, cuando llegaba a su altura, todavía dentro del *Kami*.

Dorothy sonrió, encantada por el cumplido.

—Sabes halagar a una mujer —afirmó—. Keisho debe ser muy feliz a tu lado. Estoy segura.

—Ella, por lo menos, nunca se cansa de repetírmelo —bromeó—. ¿Y Robert? ¿No se extrañará si llegas tarde a casa?

—¿Robert? Sabe que voy a llegar tarde —se encogió de hombros—. Le llamé por teléfono diciendo que cenaría contigo y quedó encantado. Quiere que nos vayamos conociendo, porque en el fondo te admira. No es celoso en absoluto.

—Me alegro. Los celos son una tontería. Y menos en los casos infundados. Supongo que Robert pensará igual. Después de todo, la confianza, la paz espiritual, es algo que aprendimos en *Shin-ji.*

—¿Has pensado en algún restaurante?

—Pues... sí —contestó el *Sensei*—. Hay uno muy cerca de aquí, en el que Keisho y yo solemos cenar muy a menudo cuando no tenemos ganas de cocinar.

—¿Vivís juntos? —se sorprendió *misiss* Delany.

—Sí —respondió Donald sin ningún rubor—, nos amamos y eso es lo único que necesitamos.

—Supongo que eso es lo mejor —sonrió Dorothy—. ¿Vamos?

Iban a salir del *Kami*, cuando una voz femenina llegó hasta ellos.

—¡Donald! —era Jean.

El joven se dio una palmada en la frente.

—Maldita sea —rezongó.

La pelirroja Jean llegó hasta ellos. Tenía un sobre cerrado en las manos.

—Alguien ha traído para ti —le entregó el sobre— esto. Y me tienes que contar lo que te pasó ayer, guapo muchacho. Me lo prometiste.

Donald cogió el sobre y le dio vueltas en sus manos. Iba dirigida a él, con letras de máquina.

—Voy a poner el coche en marcha —anunció Dorothy—, para dejarlo a la puerta del restaurante.

—No tardaré —prometió el joven, mientras la rubia y despampanante esposa de Robert Delany salía del *Kami* para tomar su vehículo.

—¿Una nueva conquista? —preguntó Jean, hiriente.

—No pienses mal —dijo, mientras abría él sobre, rasgándolo por un extremo para sacar el papel que había en su interior—. Es la esposa de un amigo, la nueva alumna, que quiere cenar conmigo. Su marido lo sabe y está de acuerdo —la miró—. ¿Quién lo trajo?

—No lo sé —se encogió de hombros la nueva secretaria del *Kami*—. Lo encontré sobre mi mesa, con tu nombre escrito en él.

Posó sus ojos en la escritura del papel. Estaba mecanografiado, y correctamente escrito en inglés.

Ante él desfilaron las palabras que le dirigía su anónimo comunicante, pues la extraña misiva no llevaba firma alguna.

«Esto no es más que un anticipo de lo que le ocurrirá, Halloway —leyó—. La próxima vez, usted, y los que le acompañan, no quedarán vivos para contarlo, pues no fallaré. La serpiente».

Miró el sobre, extrañado. ¿Quién podía ser «la serpiente»? Estaba claro que, por sus palabras, era el tipo que intentó asesinarle la noche anterior. Pero, no recordaba a nadie con ese apodo.

«Esto no es más que un anticipo...»

«La próxima vez, usted, y los que le acompañan...»

Las palabras martillearon sus sienes como una fragua, buscando un significado. Algo que pugnaba por salir de su cerebro.

—¡Dorothy! —aulló.

Salió corriendo a toda velocidad, dejando caer la misiva al suelo embaldosado del gimnasio, mientras notaba que un sudor frío recubría su cuerpo. No oyó siquiera la voz de Jean, llamándole.

Llegó a la calle, tras empujar violentamente las puertas de la entidad deportiva, mientras gritaba el nombre de la señora Delany. La vio relativamente cerca, a pocos metros de su automóvil, con las llaves en la mano.

Ella se volvió, sorprendida, al oírle vociferar de aquella manera. Y se asustó incluso cuando la vio correr en su dirección.

—¡Al suelo, Dorothy! —gritaba—. ¡Al suelo!

Todos sus músculos actuaron entonces, en un salto poderoso, verdadero alarde de potencia física, que acabó sobre el turgente cuerpo de la rubia señora Delany, cayendo ambos espectacularmente sobre la acera, entre los chillidos asustados de la mujer.

Y entonces, el automóvil reventó materialmente, convertido en una bola de fuego y luz, con gran estruendo. La onda expansiva les obligó a rodar sobre la calzada, alejándolos aún más de aquel infierno. Vieron caer muy cerca fragmentos de metal, como una lluvia al rojo vivo.

Dorothy Delany chilló, aterrorizada. Su flamante vehículo ya era solo un amasijo de retorcido metal, envuelto en crepitantes llamas. Pero lo peor era pensar lo que podía haberle pasado a ella, de hallarse en su interior.

—Calma, calma... —la aconsejó el joven, mientras la ayudaba a levantarse.

Ella se refugió en sus fuertes brazos, llorando.

—No ha pasado nada —la intentó tranquilizar—. Cálmate...

* * *

—Vaya —se asombró el inspector Collins—. ¿Usted otra vez, señor Halloway?

—Lamento volver a verle, inspector —comentó el joven, mordaz, procurando apartarse de aquella maldita pipa que colgaba de sus labios.

—Yo también, Halloway, créame —sonrió el policía—. ¿Otro intento de homicidio?

Señalaba al ya irreconocible Ford de la aún abatida esposa de su camarada. Todavía quedaban restos del incendio, que los bomberos atajaban con rapidez. Todo estaba rodeado de *bobbies* con uniforme azul y expresión hermética, que apartaban a los curiosos sin demasiadas ceremonias.

—No, tengo la manía de cenar lata a la brasa —se burló—. ¿A usted qué le parece? ¿Qué ese automóvil tenía el depósito demasiado lleno y explotó? Inspector, creí que era más inteligente.

Collins expulsó una bocanada de humo hediondo.

—Jovencito, creo que los informes que me dieron sobre usted son ciertos —habló como un padre a un hijo tonto—. Es un megalómano que lleva consigo el desastre. Un caso digno de analizar por un psicólogo.

—Inspector —se mosqueó el *Yondan*—, creo que, muy finamente, me está insultando.

—Es posible —bostezó el inspector—. Ahora, hijo, cuéntemelo todo.

—Hay poco que contar —resopló el joven—, salvo que por mí culpa casi muere esta pobre mujer. De no ser por un mensaje que me entregó mi desconocido asesino...

—¿Un mensaje? —Collins le miró, sin pestañear siquiera.

Donald le tendió el papel, que había recuperado de nuevo tras lo sucedido, pensando que sería útil. Collins lo cogió con su áspera mano y lo leyó con suma atención.

El fuego ya estaba apagado y la policía podía comenzar a investigar.

—Interesante —comentó el inspector, metiéndose el papel en un bolsillo—. Así que la *Serpiente* anda metida en este asunto...

—¿La *Serpiente?* ¿Qué o quién es eso? —le miró Donald, sorprendido—. ¿No va a mirar las huellas digitales?

—De nada serviría, mi querido amigo —suspiró el policía—. No hay huellas.

—¿Cómo puede estar tan seguro?

—Porque la *Serpiente* nunca las deja —se quitó la cachimba de los labios—. No es la primera vez que veo un mensaje parecido, firmado por ese asesino. Nunca hubo huellas.

—Pero... ¿quién es ese tipo? —se desesperó el *karateka.*

El inspector de New Scotland Yard sonrió con amargura.

—Ya quisiéramos nosotros saberlo, señor Halloway. En realidad, no tenemos ni idea. Solo lo que se desprende de sus misivas, que es bien poco. Se trata de un asesino a sueldo, algo parecido a los *gun-man* de los westerns. Sabe lo escurridizo que es. Por eso se puso el pseudónimo de *Serpiente.*

—Hizo bien —escupió el *Sensei*—, porque no concibo nada más viscoso ni repulsivo que un hombre matando por dinero. El nombre es el más acertado para la mentalidad de ese asesino frío y despiadado.

—Pues su mordedura es mortal, Halloway. Ha asesinado, por lo que sabemos, a más de una docena de personas. Todas influyentes. Al parecer su tarifa es muy alta.

Donald pareció pensativo, mirando sin ver lo que tenía ante él.

—¿Quién me odiará tanto como para querer mi muerte? —se preguntó en voz alta.

—Por lo que sé de usted, mucha gente —rio el policía, lleno de humor negro su comentario.

—Mis enemigos no alquilarían un asesino para liquidarme. Sus deseos serían matarme con sus propias manos.

—Quizá no quiera verse complicado de nuevo en algo tan feo —apuntó una posibilidad el inspector—. Porque lo que es evidente es que alguien le odia profundamente.

—Sí, es evidente —suspiró Donald, cansado.

Collins miró el rótulo del *Kami*.

—¿Este es el gimnasio donde trabaja? —preguntó—. Deben estar acostumbrados a cosas así, teniéndole a usted como profesor.

—Están acostumbrados —gruñó el joven—. En otra ocasión, ocurrió algo peor, así que ya no se inquietan por cosas así.

—Me lo creo —sonrió el policía, volviendo a fumar—. ¿Y esa dama tan elegante es la propietaria del vehículo?

Miraba a Dorothy, que parecía muy impresionada por lo sucedido.

—Así es —afirmó—. Es la esposa de un amigo mío. Un *budoka* también. Y también es socia del *Kami*, desde hoy mismo. Me invitó a cenar, pues ya era tarde. Pobre Dorothy...

—Quisiera hablar con ella. ¿Ha dicho que se llama...?

—Dorothy Delany —contestó el joven *karateka,* mientras se acercaban.

La joven les miró con ojos húmedos. Al verlos, se limpió con un pañuelo de seda bordado.

—Dorothy —se dirigió a ella Halloway—. Te presento al inspector Collins.

—Encantada —estrechó su mano—. Su ayudante vino ayer a nuestra casa.

—¿Mi ayudante? Oh, cierto... Fue cerca de su *bungalow* donde se produjo el primer atentado a la vida del señor Halloway... ¿no es cierto?

Dorothy asintió.

—Muy interesante —se rascó la barbilla—. Dígame, señora... ¿Notó algo raro en su vehículo al venir? Un ruido extraño o algo parecido...

La mujer intentó recordar.

—No —respondió al fin—, no noté nada.

Un *bobby* se acercó a ellos, cuadrándose ante el inspector.

—¿Sucede algo? —inquirió el policía.

—Hemos encontrado restos de un poderoso explosivo bajo el chasis del vehículo —respondió el agente—. No estoy seguro, pero todo parece indicar que se trata de Goma-dos.

—Gracias, agente. Puede retirarse.

El policía obedeció.

—Ya oyeron —Collins volvió a mirar a Donald—. Goma-dos... Y el asesino estaba seguro de que el explosivo no causaría su muerte, Halloway. Eso quiere decir que le vigilaba, que se hallaba cerca y accionó un detonador de control remoto.

* * *

—Quieren matarme, Robert —Donald Halloway encajó las mandíbulas —. Y ni siquiera sé el motivo. Es más, no conozco a mí asesino. Y supongo que el hombre que me matará solo lo hace por un puñado de asqueroso dinero.

—No seas tan agorero, *Neko* —procuró animarle su amigo—. Muchas veces te encontraste en situaciones parecidas. Y siempre saliste bien librado.

—Pero siempre sabía contra quién me enfrentaba —protestó el joven —. Y ahora no, maldita sea.

—Si podemos ayudarte en algo... —se prestó Dorothy.

—No, pero gracias —negó el *karateka*—. No quisiera que os pasase

nada por mí culpa. Gracias, de todos modos.

—¿Y no sospechas de nadie? —le preguntó el periodista, mientras continuaban su paseo por las calles de Londres—. Quizá no te falle la intuición, como en otras ocasiones.

—Lo malo es que no tengo ni idea —se quejó Donald, pegando una furiosa patada a una lata de refresco vacía y arrugada—. El inspector Collins trabaja a tope desde que se enteró de que la *Serpiente* se interesaba por mí, y tiene plenos poderes de sus superiores. Pero, a pesar de haber movilizado a docenas de hombres para la investigación, no ha averiguado nada.

—¿No tienes protección policial? —preguntó esta vez la mujer.

—No la quise, aunque el inspector se puso tan pesado en ese tema que casi le pego —sonrió, más animoso—. Pero creo a veces que no me hace caso y envía agentes de paisano para que me vigilen. Y eso lo único que consigue es ponerme nervioso, pues no sé nunca si es un policía o la *Serpiente* el que me sigue.

—Entonces... ¿Qué vas a hacer? —se interesó el periodista—. No irás a quedarte sentado, mientras alguien intenta matarte, ¿verdad?

—No puedo hacer otra cosa... por ahora. Salvo proteger mi vida en los atentados. No hay otro camino.

—Pero... el siguiente puede ser el decisivo. No puedes saber cuál será el próximo paso del asesino. En cambio, él conoce los tuyos.

—Es posible —Donald se encogió de hombros—. Pero no hay nada más que yo pueda hacer. Y créeme que me gustaría acabar eso de una vez por todas. Pero es imposible. Este asunto es algo parecido a una partida de ajedrez. Y ahora le toca el turno a la *Serpiente.*

Se sorprendió a sí mismo con el rostro sombrío.

—Pero dejemos este tema tan poco grato —sonrió, mirando a Dorothy—. Sé que no fue una noche muy agradable, que tuvimos que quedarnos sin cenar. Pero... ¿Qué te pareció tu primera clase?

—Mortal —se quejó la mujer, llevándose las manos a los hombros contrarios—. Tengo agujetas por todos los lados. Me duelen hasta las uñas.

Robert Delany, su marido, sonrió.

—Te acostumbrarás pronto —afirmó—. Es cuestión de seguir.

—Debes estar agotada —comentó Halloway—, pero esta tarde no puedes faltar. Haremos poco ejercicio y bastante teoría. Hoy empezarás el aprendizaje del *Karate,* verdaderamente. Y haremos algunas luchas. Tú no, por supuesto. Pero servirá para que vayas haciéndote una idea de lo que es el verdadero *Karate,* fuera de la técnica, como defensa personal.

—No faltaré —aseguró Dorothy—. Estoy segura de que no puede haber nada, ni siquiera el *Karate,* que sea peor que la clase de ayer.

—Lo hay, te lo aseguro —rio el joven, olvidando ya por completo sus

problemas—. Ya te irás dando cuenta.

Robert intervino entonces en la conversación.

—El *Karate* es una técnica dura. Quizá la más dura dentro de las Artes Marciales. Por eso su enseñanza también debe serlo.

—¿Es más duro que el *Kendo?* —preguntó Dorothy, mirando a su marido, que iba perfectamente trajeado.

Seguían caminando, con paso mesurado, tranquilo. La gente pasaba en rededor, sin mirarles siquiera, aunque de vez en cuando alguien miraba con evidente admiración a la hermosa Dorothy.

—Mucho más —rio Robert—. El *Kendoka,* después de todo, usa un arma, utiliza una espada para pelear. En algunas ocasiones, es necesaria la fuerza, pero normalmente basta la habilidad. El *Kendoka,* pues, es aprender a manejar la *Katana* lo que hace, a conseguir que esta forma parte de él. Y, aunque es laborioso, no requiere tanto esfuerzo como el de un *karateka,* pues este lo que debe controlar es su propio cuerpo, que es más difícil que manejar una espada. Para que te hagas una idea: yo puedo destrozar una piedra con la *Katana,* con su filo; Donald, en cambio, puede triturarla con un solo golpe de su mano. El otro día, cuando peleábamos, Donald pudo partir en dos la hoja de bambú de mi falsa *Katana* si se lo hubiera propuesto.

Dorothy Delany miró al joven *karateka* con gran admiración.

—¿Es cierto eso? —preguntó.

—Bueno —suspiró Donald—, no quisiera pecar de inmodesto, pero... es cierto. Pero no es ninguna habilidad especial, te lo aseguro. Solo un fruto del entrenamiento de muchos años. Me he roto las manos más de una vez haciendo esas cosas...

—Siempre creí que en esas cosas había truco —aseguró la mujer—. No podía creer que fuera verdad.

—Pues lo es —sonrió su marido—. Esas manos son mortales. Las he visto muchas veces actuando y compadezco a la *Serpiente* si es tan loco como para acercarse demasiado a ellas.

Donald se puso serio de pronto.

—Espero que cometa ese fallo —silabeó, mientras se apretaba los puños, con el consiguiente chasquido de dedos que ello implicaba—. Te juro que no lo desaprovecharía.

Dorothy le miró con cierto temor, ante su resolución.

—¿Le matarías? —preguntó, mientras un escalofrío recorría su espalda.

Halloway dejó de caminar.

—Es posible —su voz era fría como la de un carámbano—. Después de todo, no será la primera vez.

—¿Cómo? —tragó saliva la esposa de su amigo—. ¿Mataste antes?

Donald sonrió con dureza.

—Sí —asintió—, pero cuando no había otro remedio. Cuando debía defender mi vida o la de otros, y era imposible hacer cualquier otra cosa. Entonces, maté. Pero eso no es algo de lo que uno se pueda enorgullecer. Más bien te desmoraliza, te hunde, porque entonces te das cuenta de lo poco que sirve predicar la paz, los ideales por los que siempre viviste, cuando debes emplear la violencia.

Sintió una mano en su hombro. Era Robert, dándole ánimos.

—A veces, la violencia solo se puede combatir con la violencia —filosofó—. Eso es algo que un *Kendoka* sabe, y es casi un axioma para él. Pero también un periodista, harto de contemplar la violencia, lo sabe. Y mejor que nadie.

—Yo no solo la he visto —Donald miró sus manos, sus dedos, fuertes como flejes de acero—. La he vivido, también. Y la usé.

Su voz sonaba dolida.

—Si deseas mi ayuda, te la daré sin condiciones —se prestó su amigo—. Esta mañana me llamaron de la agencia, para un reportaje que debo hacer en Afganistán. Pero, si es preciso, no iré. Tendrás mi acero junto a ti.

Donald sonrió, agradecido, mientras negaba:

—No, Robert. ¿Cómo esperas que acepte tu ayuda, cuando ni siquiera quise la de Keisho? No, debes ir a Afganistán y cumplir con tu deber. Ayudas mucho al mundo con eso.

—Está bien —se resignó Robert—. No insistiré, pues sé que será inútil. Pero, de todas formas, ten cuidado. Quisiera que nos volviéramos a ver, sanos y salvos.

—También tú debes cuidarte —le recomendó el *karateka*—. Afganistán no es precisamente un paraíso, con los rusos dentro. Debes andarte con ojo.

* * *

Sentado ante el televisor encendido, en cuya pantalla daban un vetusto *film* romántico, un melodrama malísimo que ni siquiera se molestaba en contemplar, Donald Halloway miraba el techo, sin verlo, intentando meditar, reflexionar. Pero no sacaba nada en claro.

Bebió un largo sorbo del vaso de zumo natural que tenía en la diestra y se quedó mirando durante bastante rato las vueltas que deba el líquido en el vaso.

«Quizá este sea mi destino —se dijo—: dar vueltas siempre alrededor del mismo punto. Quizá...»

Un fuerte timbrazo le sacó de sus meditaciones. Alguien llamaba a su puerta.

Con tranquilidad, sin precipitaciones, se dirigió hacia ella. No volvió a tocar. Se preguntó cuál sería la razón...

Abrió de golpe, preparándose para lo que viniera. Pero allí no había

nadie.

Solo... un papel en el suelo, frente a su puerta.

No lo cogió. En lugar de eso, corrió hacia la ventana que daba a la calle. Allí estaba la entrada al edificio donde él vivía.

Poco después, alguien salía a la calle. Alguien al que Donald Halloway conocía, pero que no era vecino suyo. Ni siquiera amigo.

Sonrió. Aquel era el primer fallo de la *Serpiente* y debía aprovecharlo.

Más tranquile, se dirigió a la puerta y cogió el papel. Como supuso, había algo escrito:

«Se acerca el momento, Halloway —leyó—. Mis colmillos están preparados y caerán sobre ti cuando menos lo esperes. Pero no me odies por ello, *budoka.* Yo no tengo nada contra ti, pero debo matarte. Espero que lo entiendas. La serpiente».

Destrozó el papel después de leído, sin ira. La *Serpiente* tenía razón. No podía odiarle. Solo sentir asco.

Era osado aquel asesino. No solo atacaba con rapidez, como los verdaderos ofidios, y sin descanso. También se permitía el lujo de avisar a sus víctimas antes de emponzoñarlas, como hace la famosísima serpiente de cascabel.

Apretó los labios, tirando al mismo tiempo el mensaje a la basura. Esta vez no recurriría a la policía. Lo haría a su modo, como siempre, a pesar del juramento que hizo a su amada Keisho. Estaba seguro de que ella le perdonaría, si lograba salir con vida de aquello.

Sería mucho peor si ella le encontrase muerto al regresar de Japón, después de todo.

Sonrió con cierta frialdad. Esta vez actuaría el *budoka* que en realidad era Donald Halloway. El hombre acostumbrado a la lucha, formado a base de golpes y sufrimientos, que llevaba en su interior.

La *Serpiente* estaba al acecho, con los colmillos a punto... Encontraría las uñas de un gato furioso en su camino, si eso era lo que deseaba.

Entonces, sonó el timbre de nuevo.

CAPÍTULO IV

Era Dorothy, la rubia esposa de su amigo, Robert Delany. Y estaba, francamente, deliciosa. Parecía una modelo de alta costura.

—Hola, Donald —sonrió encantadoramente la rubia—. ¿Puedo pasar?

—Oh, sí... —aceptó el joven—. Pasa...

La señora Delany así lo hizo. Donald se ofreció, caballeroso, para ayudarla a quitarse el abrigo.

—Robert ya ha partido para Afganistán —suspiró la mujer, sentándose en un sofá del *living*—. *Y,* como comenzaba a aburrirme, decidí venir aquí para que fuéramos juntos después al *Kami*. Aunque, la verdad, estoy cansadísima.

—Todavía queda más de una hora —miró Donald su reloj—. Pero me alegro de tu visita.

Apagó el televisor. Seguían dando aquella película tan asquerosa.

—Así que Robert ya se ha marchado...

—Sí, el deber es lo primero —miró en derredor—. Es un pisito muy bonito. Pequeño, pero muy limpio y arreglado.

Donald sonrió.

—Es lo único que tengo que hacer por las mañanas... —se encogió de hombros—. Tengo demasiado tiempo libre.

—Muchos quisieran estar como tú —sonrió *misiss* Delany.

—Supongo que sí.

Quedaron en silencio durante unos instantes. Donald, nervioso, se dio cuenta de que Dorothy le miraba demasiado. Y aquella mirada llevaba el deseo detrás.

—¿Aún no has comprendido el porqué de mi venida? —preguntó ella, poniéndose en pie y acercándose a él.

Donald lo comprendía, pero no quiso que ella lo supiera, así que sonrió, haciéndose el idiota.

—Imagino que querías verme —supuso—, hablarme... antes de ir al *dojo*.

—Te equivocas —sonrió Dorothy—. No es por eso y lo sabes muy bien. Lo sabes demasiado bien, porque tú también me deseas.

Donald optó por sincerarse.

—Es posible —dejó una respuesta concreta en el aire—. ¿Y tú...?

—Te deseo —respondió ella, con el pecho agitándose por su respiración entrecortada—. Quiero que me hagas tuya, sentirte dentro de mí con toda tu fuerza.

Y, sin decir más, soltó las hombreras de su vestido. Este cayó, convirtiéndose en un ovillo a pies de Dorothy, que no llevaba nada debajo y había quedado desnuda frente al *budoka.*

Le abrazó. Sus bocas se unieron. Donald sentía las carnes duras y palpitantes de la hembra contra sí. El perfume de Dorothy pareció llenar su cerebro.

—Sabes... sabes que no te amo —procuró controlarse—. Solo quiero a Keisho.

Ella se apretó aún más a Halloway. Aquellos senos parecieron traspasar con su calor la camisa del joven, quemándole.

—No me... importa —jadeó ella, cuando las nervudas manos de Donald, aquellas manos capaces de partir las piedras, comenzaron a acariciarla—. Yo solo... te deseo.

Una vez todo aclarado, dejadas sentadas las bases de aquel juego, se dejaron arrastrar por la voluptuosidad, sin importarles lo demás. Saciaron su avidez de sexo. Y a Donald Halloway no le importó que aquella mujer que se agitaba sobre él, gimiendo de placer, fuera la esposa de un buen amigo suyo. Solo vio a una mujer que necesitaba algo y él no se lo podía negar, pues es una cosa tan vital para el ser humano como el alimento.

Cuando todo acabó, Dorothy quedó en el suelo, jadeante, brillante su desnudo y espléndido cuerpo por el sudor.

—Bien —sonrió Donald—, ya hicimos el amor, como querías. ¿Has quedado satisfecha?

Dorothy le miró, pero no contestó.

—Si no ha sido así, podemos repetirlo.

—No ha sido la primera vez, Donald —habló por fin la mujer—. No eres el primero con el que engaño a Robert.

—Lo sé —sonrió el *budoka,* sentándose junto a ella.

—No se lo dirás a Robert, ¿verdad? —se asustó entonces la joven—. Sé que tienes un modo extraño de pensar y serías capaz de decírselo.

—Si tú no quieres, no se lo diré —prometió el *Sensei*—, aunque soy partidario de la verdad.

Dorothy sacudió la cabeza.

—No lo entiendes, Donald. Tú eres muy distinto a Robert. Él... se siente un auténtico *samurái* y sería capaz de cortarme la cabeza si se entera de esto.

—No será para tanto —rio el joven, que estaba tan desnudo como ella —. Pero sé que el modo de ver las cosas de un *Kendoka* es muy diferente al de los que practicamos el *Karate.*

—Dejemos eso —sonrió Dorothy—. Lo he pasado estupendo contigo, Donald. Gracias.

—No tienes por qué dármelas —le quitó importancia al asunto—.

Después de todo, el placer ha sido mutuo.

—Eres maravilloso, Donald.

—Pero, dime una cosa... ¿Por qué...? Bueno, ya sabes...

La joven suspiró lánguidamente.

—Porque me aburro —contestó, haciendo una mueca—. Mi marido no solo pasa largas temporadas lejos de mí. Cuando regresa no se comporta como yo quisiera.

—¿Quieres decir... que vuestras relaciones íntimas... no son muy buenas?

—Exacto —corroboró Dorothy—. No parece darse cuenta de lo que sufro cuando está fuera, de que le necesito... Pero le quiero, a pesar de todo.

—Para estas cosas hay algo más sencillo que engañarle —opinó el joven—. Hablar con él, pedirle lo que deseas...

—No me atrevo —fue la única respuesta que le dio—. ¿Tienes un cigarrillo?

—No fumo.

—Ah, sí —sonrió de nuevo la señora Delany—. Lo olvidé.

Donald miró su reloj.

—Deberíamos vestirnos —recomendó—, para estar preparados.

Así lo hicieron. Recogieron la ropa que estaba tirada por el suelo y comenzaron a vestirse, sin prisas.

—¿Te sientes mejor ahora? —preguntó el joven—. Quiero decir, que si te molestan demasiado las agujetas, puedes prescindir muy bien de esta clase.

—No, prefiero asistir a ella —parecía decidida.

—Como quieras —aceptó, mientras terminaba de vestirse.

Dorothy estaba peinándose los alborotados cabellos dorados, ya totalmente vestida cuando él terminó. Cuando acabó, dijo:

—Cuando quieras.

Salieron a la calle. Todavía faltaba algo más de media hora, pero no importaba. Hablando se les pasaría el tiempo. Pero la noche les deparaba una desagradable sorpresa.

* * *

Los vieron al doblar la primera esquina, en aquella solitaria calle, no demasiado bien alumbrada, pues algún pilluelo se había dedicado a romper a pedradas las bombillas de algunas farolas.

Eran cuatro. Todos ellos mal encarados y peor vestidos. Maleantes, sin duda alguna, de edades dispares. Había uno muy joven, de tez muy oscura. Mulato al parecer.

Dorothy, al verlos, miró al joven *budoka* con algo de miedo.

—Vayamos por otro sitio —recomendó, con voz temblorosa.

—Es inútil —negó el *budoka* con la cabeza, al ver que se dirigían hacia ellos, formando una pared humana—. Nos seguirán de todos modos. Somos sus presas... y no nos dejarán escapar.

Resopló, tomando una decisión.

—Sigamos hacia adelante —dijo—. Si nos molestan, me ocuparé de ellos.

—Pero... son muchos —observó la mujer—. Y seguramente van armados.

Donald se escupió en las manos, masajeándoselas después, mirando con fijeza, al mismo tiempo, a los cuatro tipos.

—No importa —silabeó—. Pero tienes razón. Es mejor que te quedes aquí.

Comenzó a caminar hacia ellos.

—¡No vayas, Donald! —sollozó ella—. No vayas...

Pero el joven no le hizo caso y siguió su camino. En las manos de los cuatro maleantes aparecieron, como por sortilegio, sendas navajas. Las afiladas hojas brillaron en la noche.

Donald sonrió. Sus ojos, a pesar de ello, parecían dos cristales de puro hielo.

—¿Queréis algo? —preguntó, parándose a escasos metros.

También sonrieron aquellos individuos, burlones.

—Claro que lo queremos, amigo —contestó el que parecía el mayor del cuarteto.

—Yo no soy su amigo —rectificó Donald, hosco—. Ni voy a andarme con remilgos. Apártense o tendré que obligarles.

Rieron todos, realmente divertidos al parecer.

—No le resultará tan fácil, señor Halloway —dijo el que parecía ser el jefe, para su sorpresa—. Ni siquiera con su *Karate.*

—¿Cómo saben mi nombre? ¿Qué es lo que quieren? —se puso en guardia, preparado contra cualquier evento.

—Nos pagan para destriparle aquí mismo, Halloway —contestó aquel individuo, con sorna—. La cantidad es apreciable y pensamos realizar el «trabajito» cuanto antes.

—Además de que podemos pasar un buen rato con esa damisela tan mona —rio obscenamente el joven mulato—. Vale la pena rajarle.

—Así que era eso —sonrió Donald—. Tengo ante mí los colmillos de la serpiente. Pues se los arrancaré.

Los miró a todos, torvo el gesto, y se preparó. Tuvo ganas de reír. Si aquello era lo mejor que podía hacer la *Serpiente,* lo tenía claro.

—¿Qué esperáis? —se impacientó—. ¿Uno a uno? ¿O todos a la vez? Me da lo mismo.

Algunos de los sujetos se miraron, sorprendidos. No parecía asustado.

—Yo me ocuparé de él —sonrió el mulato, acercándose, con la navaja en la mano—. No os preocupéis.

Dorothy tragó saliva, pero no apartó los ojos de la escena.

El ataque del navajero no se hizo esperar. Movió su acero de abajó arriba, en un ataque circular que podía alcanzar el pecho de Halloway. Este saltó hacia atrás, esquivándolo.

Rio el muchacho, confiado.

—Ahora no pareces tan fiero, *karateka* —dijo, mientras movía la hoja de su arma, trazando círculos en el aire ante el joven. Destellos de frío metal trazaron zigzagueantes figuras en la noche.

Donald procuraba mantenerse apartado del acero. Pero esperaba su oportunidad.

Una oportunidad que no tardó en presentarse, cuando el chico de la navaja se abalanzó sobre él, dispuesto a dejarlo seco de un tajo. Su brazo se movió, veloz. El relámpago de acero que era la navaja se dirigió hacia su estómago.

El joven *budoka* encogió el cuerpo mientras veía venir la mortal navaja, y cruzó los brazos a la altura de las muñecas, en la parada llamada por los *karatekas Geden-Juji-Uke,* que blocó la mano armada con limpieza, sorprendiendo a su adversario. Después, agarró la muñeca con la mano izquierda y tiró con fuerza.

Su joven atacante se desequilibró, trastabillando, a punto de caer. Pero, antes de que eso pasara, su codo, en *Jodan-Hiji-Ate* o golpe alto, machacó su mandíbula, enviándole al país de los sueños.

Giró con rapidez, encarándose con los otros tres que faltaban.

—Ya sois uno menos —sonrió.

Se lanzaron todos juntos sobre él, con las armas en ristre. Paró un ataque con *Jodan-Uke,* con el brazo por alto, mientras su pierna se disparaba y golpeaba con una *Yoko-Geri-Chundan* en la barriga de otro. Reculó el golpeado, buscando aire para sus pulmones.

Se oyó un chasquido cuando su puño destrozaba una nariz por un golpe casi salvaje en *Tsuki-Jodan.* La sangre manchó su puño, mientras el otro aullaba de dolor y soltaba la navaja.

Se agachó. Una mano armada con un mortífero filo pasó por encima de su rubia cabeza. Se oyó un gruñido de decepción.

Donald levantó la mano, fulgurante, y agarró a su nuevo atacante por la manga. Antes de que este se diera cuenta de lo que pasaba, el joven *karateka* le desarticuló el codo de un rápido golpe con la *Teisho* o palma de la mano.

El dolor le dejó inconsciente, por suerte para él.

Entonces, le atacó el mismo al que pegó la patada antes, ya recuperado. Era el mayor del grupo.

Una *Kin-Geri cazó* sus testículos con precisión, obligándole a encogerse, mientras un dolor lacerante cruzaba su vientre como una cuchillada. Su mano, entonces, en *Shuto-Uchi,* golpeó su nuca, durmiéndole en el acto.

Miró al único que quedaba en pie, el de la nariz rota. Le miraba con pavor, mientras intentaba parar el torrente de sangre que salía por su tabique nasal destrozado.

Ni siquiera intentó huir. Solo gritó, con voz afectada por el golpe:

—¡No me golpee! ¡Por favor, Halloway, no me golpee!

El *budoka* le agarró por las solapas de su polvorienta cazadora tejana.

—Habla o te rompo el cuello —amenazó—. ¿Quién os mandó que me mataseis?

—No... no lo sé —tragó saliva con dificultad.

—¡Repite eso! —le zarandeó violentamente—. ¡Vamos! ¡Repítelo!

El hombre tembló de pies a cabeza. Le castañeteaban los dientes.

—¡Es cierto, Halloway! —aulló, lleno de pánico—. ¡No lo sé! Vino... vino una carta, diciendo lo que debíamos hacer, con cincuenta libras dentro, prometiéndonos más... después.

—¿Quién firmaba?

—No... no tenía firma.

—¡Mientes! —le pegó un puñetazo en el estómago. Se echó hacia atrás y Donald lo tiró al suelo.

—Sí... ¡Sí, tenía! —gimió—. Era... la *Serpiente.*

Donald resopló.

—Así me gusta —dijo—. La *Serpiente,* ¿eh? ¿Sabes algo de ese tipo?

—Solo... que lleva de cabeza a la policía —jadeó el frustrado asesino —. Y que siempre mata a sus presas.

Halloway no dijo nada. En lugar de eso, dejó que aquel tipo escapara y regresó junto a Dorothy. La joven le miraba con admiración poco disimulada.

—Has sido... un huracán —exclamó—. Los has derribado como si no fuesen nada. E iban armados.

El joven miró a los tres caídos. El otro corría perseguido por fantasmas.

—Tendremos que llamar a la policía. Y a una ambulancia. Hay uno con el brazo roto.

—¿Roto? Pero... si pareció que ni le tocabas.

—Eso es lo que te pareció a ti —sonrió el *budoka*—. Él no debe opinar lo mismo.

* * *

—Parece que esta vez nuestro misterioso personaje quería estar seguro de su muerte, Halloway —comentó el inspector Collins, una vez se


presentó en la entidad cooperativa conocida como *Kami*.

—¿Han cogido a los que me atacaron? —preguntó Donald.

—Empiezo a dudar sobre quién atacó a quién —rio entre dientes el policía—. Esos tipos están hechos unos zorros.

—Yo solo me defendí —arguyó el *budoka*—. Ellos me atacaron con el claro propósito de acabar conmigo.

—Lo sé —suspiró el inspector—. Por eso comentaba que ahora quiere ir sobre seguro y acabar con usted. Eso quiere decir que ya planeará las cosas con más rapidez y puede tener algún fallo. Una pista, para nosotros.

Halloway sonrió. No había dicho nada sobre el último mensaje al inspector. Quería arreglar las cosas a su modo.

Llamó a la policía porque aquello era difícil de ocultar y no le quedaba otro remedio. Pero, sobre lo otro... ¡Ni hablar!

—Sí, pero si me liquida no será un gran consuelo —gruñó.

—Ahora sería necesaria la protección...

—Ni hablar —cortó el joven, seco—. Puede ir olvidándose de ello. Me parece que ya hablamos bastante sobre esa cuestión, y quedó todo zanjado.

—Pero... es una temeridad.

—Lo sé —asintió Donald, con expresión grave.

* * *

—¿Te molestaron mucho los periodistas? —preguntó Donald Halloway, una vez de nuevo en su casa.

Dorothy Delany le miró. Parecía tranquila a pesar de todo lo que había pasado.

—No mucho —rio—. A quien querían entrevistar era a ti, pero te escabulliste muy bien de allí.

—En el *Kami* hay salidas de emergencia. Solo tuve que usar una.

—¿No vendrán aquí?

—Si vienen, los echaré a patadas —silabeó—. Nadie les habrá pedido que vengan. Y, menos que nadie, yo.

La mujer quedó unos instantes en silencio.

—¿De verdad no deseas que Scotland Yard te proteja? —preguntó más tarde.

—Exactamente —afirmó el *budoka*—; no lo deseo.

—El riesgo que corres es muy grande —opinó ella—. Demasiado grande, diría yo. Y la *Serpiente* parece ser que no perdona a sus víctimas.

—Hay dinero por medio —habló el joven, como para sí mismo—. Pero... ¿Quién puede odiarme tanto, como para contratar a un asesino?

—Te creaste muchos enemigos —suspiró Dorothy—. Y eso no es bueno. Sobre todo, cuando se quiere comenzar una nueva vida, muy diferente a la anterior. Sea el que sea, debe creer que ahora estás más

indefenso.

Donald sonrió, mientras se dirigía a la puerta de su piso y la abría para salir.

—Pues se llevará una sorpresa —dijo, seguro de lo que decía.

* * *

Lou Fitzer Mathers era un sujeto despreciable. Bajito, rubio, delgado, y con los ojos saltones, no tenía apariencia de criminal. Más bien, lo que parecía era un alcohólico.

Y era cierto. Pero no era esa toda la verdad sobre él.

Lou estaba beodo la mayor parte del tiempo. Pero, el poco rato que solía estar ebrio, aún parecía más despreciable.

El primer crimen serio que cometió fue a los catorce años, cuando pegó un puñetazo en la barriga a una mujer embarazada cuando le reprendió por una mala acción. Naturalmente, la pobre mujer abortó. Pero aquello fue considerado un accidente y el joven Lou no fue acusado de nada.

A los dieciséis años, cuando todo estaba olvidado, harto de no comerse un rosco por su temperamento antipático e insoportable, violó a una muchacha de su misma edad, que, para desgracia suya, denunció el hecho a la policía. Y Fitzer Mathers conoció por vez primera la estrechez de una celda, en una cárcel de menores.

Pero eso no le reformó. A partir de allí, sus delitos, y sus estancias en la prisión fueron *in crescendo,* hasta que se convirtió en un asiduo inquilino de la cárcel.

No tenía ningún parentesco con el histórico Cotton Mathers, aquel puritano de la ciudad de Salem que, creyéndose un enviado divino, decidió limpiar su ciudad del Mal que allí moraba, encarnado en cientos de brujos. No, Lou no había tenido como antepasado a tan pintoresco personaje. Pero estaba tan loco como él.

Sabía de todo sobre el crimen, pero porque lo había practicado. Por su vida habían pasado incontables delitos, muchos de los cuales ya había olvidado. Pero continuaba con lo único que sabía hacer.

Ahora tenía casi cincuenta años. Pero seguía en la brecha. Y ahora, siendo ya viejo, era cuando tenía cara de verdadero criminal.

Su vida le había endurecido, le hizo insensible a todo.

Bueno, a casi todo, porque hay cosas a las que uno nunca se acostumbra. Y una de esas cosas tiene un nombre concreto.

Donald Halloway.

El *Karateka* tenía mucha fama en el bajo mundo del hampa. Una fama que se ganó a base de pegar guantazos a diestro y siniestro. Y, aunque los años habían pasado desde la última vez que se le vio por allí, su nombre todavía hacía retroceder a la gente, llenos de pánico solo de pensar en los

brazos que le vieron romper, en las costillas que solía hundir, en las mandíbulas que destrozaba... Resumiendo, en los golpes que propinaba.

Por eso, cuando Lou vio que la puerta del miserable cuartucho donde vivía, escondido de los *bobbies,* caía al suelo con enorme estrépito, arrancada brutalmente de los goznes que la sujetaban, y que tras ella se hallaba el *Karateka,* sintió deseos de tirarse por la ventana.

Después de todo, solo eran dos pisos de nada. Y Halloway, en cambio...

Saltó del sucio camastro donde dormitaba poco antes y miró al joven con terror.

—Ha... Halloway —se atragantó, notando que se llenaba de sudor, pese a que la noche era fresquita.

—Hola, Lou —sonrió con dureza el *karateka*—. Lamento lo de la puerta, pero comprenderás que no podía hacer otra cosa.

Se acercó, lentamente. Sus ojos reflejaban la luz de una lámpara de gas encendida, como los de un verdadero gato.

Mathers sintió que la ropa le iba grande. Sobre todo, los pantalones.

—No... No, Halloway —suplicó—. Por favor... Estoy enfermo del corazón...

Lo único que pudo hacer el *karateka* fue soltar una seca carcajada.

—No me vengas con esas, Lou —le miró con reproche—. A mí no me la pegas, muchacho. Además, si estás enfermo, peor para ti. Si te portas bien, no deberás preocuparte.

—¿Có... cómo es que estás aquí? Pensaba... que nunca volverías a molestarnos, después de tanto tiempo.

—Sí, ha pasado mucho tiempo —asintió el *Yondan*—. Mucho... Pero a veces hay que recurrir a los viejos amigos para que te hagan un favor.

—¿De qué se trata? —intentó tranquilizarse el criminal.

—No te hagas el tonto, Lou —silabeó el joven—. A mí nadie me toma el pelo.

Su voz era fría, cortante como el acero de una espada.

Lou tuvo otro acceso de miedo.

—No... No entiendo... —jadeó.

Halloway siguió acercándose, con las manos engarfiadas. Lou retrocedió.

—Hoy dejaste en la puerta de mi casa un papel —dijo el joven—. Nunca fuiste demasiado inteligente. Te vi por la ventana cuando salías, así que no lo niegues.

Mathers intentó tragar saliva, pero no pudo. Tenía un nudo horroroso en la garganta.

—Yo... no sabía que era tu casa, Halloway —le juró—. No lo sabía, de verdad. Ni creí que fuera nada malo... dejar un papel en una puerta, sin que me vieran. Si era algo importante, yo no pude leerlo, pues no sé.

Halloway se paró.

Lou decía la verdad. Él sabía que era analfabeto. Pero, si era así, él se quedaba como al principio.

—¿Quién te lo dio? —siguió poniendo cara de duro—. ¿Quién...?

Lou llegó hasta la encristalada ventana y apoyó allí la espalda. Ya no podía retroceder más.

—Un... chino o algo parecido —respondió Mathers—. Era un oriental. Me dio cinco libras por hacer aquello. Pensé... que era fácil, que no tenía nada de ilegal.

—¿Un chino? —dudó el *karateka*—. ¿Estás seguro?

—Bueno, no entiendo mucho de eso —suspiró Lou, con el corazón en un puño, aunque no había motivo—. No sé si era chino, japonés o vietnamita. A mí toda esa gente me parecen iguales. Pero era oriental. Asiático, si lo prefieres.

—¿Te dijo su nombre?

—No... No me lo dijo —contestó el criminal—. Ni tampoco se lo pregunté. No creí...

En ese momento, un disparo interrumpió sus palabras. Y su vida.

CAPÍTULO V

El rostro de Lou Mathers se crispó por el dolor. Miró a Halloway con ojos desorbitados.

—Halloway... —jadeó.

Cayó, pero el *budoka* le sujetó antes.

—Lou...

Estaba muerto. Su espalda estaba llena de sangre, que surgía por la mortal herida que atravesó su corazón.

Le dejó en el suelo, y miró por la ventana, con precauciones. La calle estaba vacía.

No había nadie.

* * *

—¡Maldita sea! —por vez primera desde que le conocía, Donald Halloway vio alterado al inspector Collins—. ¿Por qué tuvo que actuar por su cuenta, Halloway? ¿Por qué no nos informó?

Donald sonrió.

—No creí que fuera necesario.

Collins le miró, furioso. Señaló con él índice el cadáver que ya se llevaban los conductores de una ambulancia.

—¿Qué no era necesario? —bramó—. ¡Si nos lo hubiera dicho, ese hombre seguiría vivo!

El *budoka* se sentó en el camastro del fallecido Mathers.

—No lo creo —dudó con sus palabras—. El asesino le hubiera matado de todas maneras. Y puede que antes de que sus hombres llegasen a su piso. Hacen demasiado ruido.

El inspector de Scotland Yard le miró con el ceño fruncido.

—Yo, siendo solo, no levantaba tantas sospechas —siguió defendiéndose el joven—. Y conseguí que hablase.

—¿Y qué le dijo?

Halloway se encogió de hombros.

—Nada que pareciera muy esclarecedor. Y debe serlo, cuando le han matado —parecía confundido—. Al parecer, fue un oriental el que le dio el mensaje de la *Serpiente.*

Collins le miró como si estuviera alucinado.

—¿Un oriental? Interesante —sacó su libreta para apuntarlo—. Muy interesante.

—¿Cree que puede ser la *Serpiente?*

—Podría serlo —se encogió de hombros el policía—. Pero no creo que nuestro amigo se deje ver tan fácilmente. No es lógico en él.

Sonrió el *budoka,* no muy esperanzado.

—Quizá este sea el resbalón que usted esperaba, inspector.

—Sí, quizá —volvió a ponerse la mareante pipa en la boca—. Es una posibilidad tan buena como cualquier otra.

El inspector miró en derredor.

—Vaya —comentó—. Esta vez no está cerca la señora Delany. Es raro... En las otras ocasiones, sí lo estaba.

Donald miró, extrañado, al policía.

¿Por qué había dicho aquello? ¿Por qué se refirió a Dorothy?

—La próxima vez que sepa algo —oyó la voz del inspector, entre sus pensamientos—, señor Halloway, no estorbe a la policía. Colabore. Será mejor.

* * *

Cuando volvió a su apartamento, Dorothy seguía allí, sonriente y bellísima. Como siempre.

—Te marchaste sin despedirte siquiera —le saludó, jovial, desde el sofá donde estaba sentada—. Y eso no fue muy caballeroso.

—Lo lamento —se disculpó el joven, con el cerebro hecho un lío de ideas mezcladas—. Y perdóname si te parece que estoy demasiado serio. Las circunstancias no son para estar de otra manera.

—¿Te ha sucedido algo? —se preocupó ella, poniéndose en pie.

Donald sonrió.

—A mí no, gracias a Dios —respondió—. Pero hoy ha muerto una persona. Y muy cerca de mí.

Dorothy le miró, asustada.

—Dios mío, qué horrible... ¿Y quién era?

—Nadie —suspiró el *karateka*—. No era nadie. Pero supongo que ya no importa.

La mujer hizo un esfuerzo por sonreír.

—¿La... *Serpiente,* otra vez?

El joven asintió.

—Temo que así es —respondió—. Pero no comprendo el porqué de su muerte.

—Un asesino nunca necesita un porqué —opinó la rubia esposa de Robert.

—Te equivocas —suspiró el joven—. Siempre existe una razón para todo. Incluso un loco homicida la tiene: su locura. Pero no creo que la *Serpiente* sea un loco.

—¿Entonces...?

—Por lo que sé de él, es un tipo frío y calculador. Hace de la muerte, su negocio. Y tiene un estilo que no puede ser fruto de la locura. Sin embargo, algo le ha fallado. Ha cometido un error... y no sé cuál es.

* * *

Sonó el despertador a las nueve de la mañana. Donald, de un manotazo soltado a ciegas, logró pararlo y dejó de emitir aquel maldito zumbido que traspasaba el cerebro.

Se desperezó, medio dormido aún. Sintió que alguien estaba junto a él, en la cama.

Suspiró, al ver el desnudo cuerpo de la rubia Dorothy. Recordó borrosamente que, a pesar del cansancio que trajo al volver de la casucha de Lou, ella se quedó y tuvieron una noche bastante movidita.

De pronto, se sintió asqueroso, como un gusano. Estaba jugando con sentimientos que él no podía prever cuándo explotarían. Ella era una mujer casada, y, al parecer, se estaba encaprichando demasiado de él.

Y Donald... amaba a Keisho. La recordaba cada instante. Se sentía vacío sin ella, a pesar de todos los problemas que tenía.

—Keisho... —musitó.

Salió de la cama y se puso el *slip* y unos pantalones. Miró a Dorothy.

Aquello no podía seguir. Cuando despertase, se lo diría.

Se dirigió a la cocina, para hacer el desayuno. No tenía mucho apetito, pero comer algo siempre viene bien.

Y entonces, algo se estrelló contra su cráneo, con gran fuerza. Todo pareció convertirse en luz roja a su alrededor durante unos instantes.

Ni siquiera sintió que caía, que perdía el conocimiento...

* * *

El despertar fue doloroso. Un agudo dolor recorría su cerebro como una daga al rojo vivo.

Se quejó, mientras abría los ojos, que le parecieron monstruosamente pesados. Supo enseguida que estaba atado, con las muñecas a la espalda, en el suelo.

Todo estaba oscuro. No había luz en aquel lugar.

Forcejeó con las ataduras y lo único que consiguió fue que volviera el dolor a su cráneo, además de arañarse las muñecas. El tipo que le ató era un experto, no cabía duda.

Intentó ponerse en pie, pero tampoco lo logró. Carecía de punto de apoyo.

Crujió el suelo, y entonces Donald se percató de que, era de madera

medio carcomida.

¿Quién le habría golpeado? ¿Por qué le habían atado? ¿Dónde estaba?

Demasiadas preguntas. Y ninguna respuesta.

Al menos, no estaba amordazado.

—¿Hay alguien ahí? —preguntó, y su voz sonó extraña en aquel silencio. Nada. Parecía estar solo.

Y, entonces, se encendió una luz. Una vela, simplemente. Pero era una luz, al fin y al cabo. Y eso indicaba que no estaba solo.

Miró hacia allí. Solo vio una oscura figura encapuchada, que procuraba huir de aquella luz que ella misma encendió.

—Me alegro de que estés despierto —oyó una voz ronca, masculina sin ninguna duda—. Donald Halloway.

Donald, con un esfuerzo, logró sentarse en el crujiente suelo de madera y escudriñó las sombras tímidamente apartadas por aquella modesta llamita de la vela.

—¿Quién eres? —preguntó—. ¿Por qué me has secuestrado?

—¿Secuestrado? —rio la misteriosa figura—. No te preocupes. No es un secuestro. Las cuerdas y la violencia que usé son meramente para que me escuches sin riesgos. No tengo intención de dañarte.

—Si querías que te escuchase, habérmelo pedido y ya está —se quejó el joven—. ¿Quién eres?

—Mi nombre no importa —se oyó de nuevo una risa—. Seguramente ya te habrás dado cuenta de que llevo máscara. Debo permanecer en el anonimato. Pero si te sirve de algo, la gente me llama... l*a Serpiente.*

Donald se puso rígido.

¡La *Serpiente!* Y él se dejó cazar como un imbécil.

—Mientes —dijo, de pronto—. No eres la *Serpiente.* Si lo fueras, ya estaría muerto.

Esta vez no hubo risa.

—Amigo mío, yo no trabajo gratis —fue lo único que dijo el misterioso personaje.

—¿Qué quiere decir?

—Eso, exactamente —respondió el llamado *Serpiente*—. Yo soy la *Serpiente.* Y puedo asegurarte que no tengo nada contra ti, *budoka.* Nadie me ha contratado para que te mate.

—¿Entonces...?

Donald no comprendía nada.

—Alguien está usando mi nombre para su provecho —su voz sonaba dura—. Alguien que desea matar a Donald Halloway. Y, al mismo tiempo, me echa las culpas a mí.

—No entiendo... —sacudió la cabeza el joven—. Si es verdad lo que dices... ¿Quién...?

—¿Deseas saberlo? —rio otra vez la *Serpiente*—. Yo también. Por eso pensé que podíamos formar una alianza hasta que este asunto quedase aclarado. De esa manera, todo sería más fácil.

—¿Bromeas?

—No, Halloway, no bromeo. Deseo tanto como tú que esto se arregle y el impostor sea atrapado. ¿Por qué, entonces, no podemos unir nuestro esfuerzo?

Donald estuvo a punto de echarse a reír. El *Gato* y la *Serpiente,* juntos contra una *Serpiente* falsa... Digno de un cuento.

—¿Por qué no? —afirmó más que preguntó.

—Entonces, dime todo lo que sabes...

—¿Y si te dijera que no sé nada?

—Mentirías —afirmó, rotundo, el extraño personaje—. Debe existir alguna razón para esos atentados firmados con mi apodo. Debes saber algo...

—Si supiera esa razón —suspiró el joven—, ya todo estaría resuelto, *Serpiente.* Pero la verdad es que no sé quién quiere mi muerte, ni el porqué. Si lo supiera...

La *Serpiente* no dijo nada. Se limitó a esperar, en las sombras.

—Y ahora, si no ha sido la *Serpiente,* todavía está menos claro. Lo único que tenemos como pistas son las palabras de un hombre antes de que le mataran.

—¿Un asesinato? ¿Ya?

—Sí, un hombre que estaba relacionado con el que me quiere matar —contestó el joven—. Pero no sabía nada, salvo que ese tipo era oriental.

—¿Solo eso?

—Sí, sé que es poco. Pero, por ahora, es lo único que tengo.

—Debe existir algo más —hubo movimiento en las sombras—. ¿Estás seguro de que eso es todo?

Donald negó con la cabeza.

—Yo también estoy seguro de que hay algo más. Pero no sé lo que es.

La *Serpiente* se acercó a la vela. Donald pudo ver durante un instante su figura, sus ropajes, la negra máscara... Pero solo por un instante, pues el misterioso asesino apagó con sus dedos encuerados la llama.

Todo quedó a oscuras.

—Haré lo que pueda, Halloway —dijo el asesino—. Espero encontrar algo. Pero usted debe seguir aquí mientras me marcho. Sobre la mesa, dónde está la vela, hay un cuchillo con el que puede cortar las ligaduras.

Donald no dijo nada. Una puerta se abrió y, cuando eso sucedió, vio de nuevo, en el umbral, la oscura forma de la *Serpiente,* recortada por la luz solar. Después, la puerta se cerró y volvieron las tinieblas.

* * *

Donald Halloway resopló, mientras caían las cuerdas que inmovilizaban sus brazos.

«Nunca pensé que fuera tan difícil cortar una cuerda estando atado», se dijo, tirando el cuchillo.

Poco después, salía a la calle. El lugar donde estuvo era un almacén abandonado, en plena urbe londinense.

—La *Serpiente*...

Cada vez estaba más confundido. Y aquella revelación no contribuía a facilitar las cosas.

No le agradaba tener la ayuda de un asesino. Sobre todo, de alguien que mata por dinero. Pero siempre era mejor que estar él solo.

Comenzó a caminar. Había un gran trecho hasta su casa y debía recorrerlo cuanto antes.

Y, durante el camino, pensó, pensó y pensó...

Un oriental...

A lo largo de su vida conoció a muchos. ¿Quién podía ser?

* * *

Eran las cuatro del mediodía cuando llegó a su apartamento. La gente, por la calle, le miraba como si estuviera loco, viéndole pasear solo con un pantalón, a torso desnudo y descalzo.

Afortunadamente, llevaba las llaves colgando del pantalón y pudo entrar sin dificultades.

Dorothy continuaba allí, con los brazos en jarras.

—¿Por qué demonios sigues aquí? —gruñó—. Si llamara tu marido por teléfono, se preocuparía.

La chica no respondió. Solo le miró, con cierto reproche.

—Ya pensaba que te había ocurrido algo —dijo, siguiéndole hasta el *living*—. Pensaba que la *Serpiente*... ¿Dónde estuviste?

—Paseando —respondió el *budoka,* mientras se ponía ropa apropiada.

—No te burles de mí... —se quejó Dorothy, sonriendo—. ¿Paseando? ¿Así? Eso no se lo cree nadie. Sé sincero...

—No me creerías —también sonrió el joven—. Pero eso no es importante ahora. Tengo algo que decirte.

La obligó a sentarse en el sofá.

—Escúchame —comenzó—. Hicimos el amor varias veces en pocas horas ayer por la noche. Fue muy bonito, debo admitirlo. Pero no puede seguir. Tú amas a tu marido, según me dijiste. Y yo quiero a Keisho.

—Lo entiendo —sonrió Dorothy—. Quieres que no continúe engañando a Bob. No deseas tener otro peso encima de ti.

Donald suspiró, aliviado.

—Veo que lo comprendes. Es lo mejor para los dos, créeme. No nos

amamos, y de esa manera no puede vivirse unidos. Además, no deseo que nadie sufra daño por mí culpa.

Dorothy seguía sonriendo.

—Tienes razón —aceptó—. Pero estaba preocupada por ti. Sé que debí volver a casa, pero... temía...

—Eres una gran mujer —cogió una de sus manos. Estaba fría—. Te agradezco tu interés. Pero no era necesario. Estoy aquí, vivo, y eso es lo importante.

Misiss Delany se dio con la mano en la frente, como recordando algo.

—Me olvidé —rio—. Ha llegado un telegrama de Keisho. Lo dejé sobre el televisor.

El rostro del *karateka* se iluminó.

—Gracias, Dorothy —se alegró el joven.

Ella se levantó y se echó el abrigo de pieles a los hombros.

—Bueno, me voy a casa —sonrió—. Hoy no iré al gimnasio. Espero que mañana podemos vernos.

—Si estoy vivo, seguro —bromeó el *budoka*—. Adiós, Dorothy. Eres una mujer excepcional. Debes hacérselo saber a Robert cuando volváis a veros.

—Lo haré —prometió la mujer—. Y tú eres maravilloso. Keisho es muy afortunada teniendo tu corazón. Adiós, Donald.

Poco después, desaparecía por el umbral de la puerta, cerrándola tras sí.

Donald cogió el telegrama y se echó cuan largo era sobre el sofá. Lo abrió y comenzó a leer:

ESPERO QUE SIGAS VIVO. ALGO ME DICE QUE ASÍ ES. STOP. TODO ARREGLADO. STOP. INICIO VIAJE DE VUELTA. STOP. TE AMO. STOP.

KEISHO.

* * *

—Así que no es la *Serpiente* quien intenta matarle —aceptó el inspector una copita, ante la insistencia de Halloway—. ¿Y cómo lo sabe?

—Él me lo dijo —sonrió Donald, mientras llenaba la copa.

—¿Qué ha dicho? —frunció el ceño.

—Lo que oyó, inspector. Esta mañana la *Serpiente* estuvo hablando conmigo y me dijo que él no tenía nada que ver en esto, que era otro que tomaba su apodo.

—¿Por teléfono? —se interesó el policía.

—No sea absurdo, inspector. El teléfono está intervenido y sus hombres habrían captado esa llamada, localizándola. No, la respuesta es más simple. Estuve con él, frente a frente.

Collins tosió, atragantándose por la sorpresa.

—¿Cómo?

—Me golpeó, me ató como a una salchicha, y me llevó a lugar seguro, donde pudiéramos hablar.

—¿Cómo era? —sacó su siempre dispuesta libreta.

—Estaba oscuro —hizo una mueca el joven—. Solo había una vela. E iba enmascarado.

Collins, desilusionado, guardó la libreta y el bolígrafo.

—¿Y qué le dijo?

—Que a él nadie le ha contratado para matarme —contestó Halloway —. Que es lo mismo que decir que no sabía nada de esto. Es un impostor mi presunto asesino.

—Pero igual de mortífero, al parecer —dejó escapar un gruñido—. Eso quiere decir que estamos peor que al principio.

—¿Y sus hombres? ¿Ha averiguado algo?

—Creo que hemos interrogado a todos los asiáticos que viven en Londres —pareció desalentado el inspector—. Ninguno sabe nada sobre un mensaje entregado a un hombre llamado Mathers.

—O sea, que nada.

—Así es.

—Pues estamos listos —gruñó el joven—. Entonces, lo único que nos queda es confiar en la *Serpiente.*

Ante la mirada de estupefacción del policía, aclaró:

—Prometió ayudarme a capturar a ese tipo.

—¿Y se fía usted de su palabra? —se sorprendió el policía, dejando la copa sobre una mesilla—. Quizá le naya engañado, para apartar sospechas y luego poder liquidarle tranquilamente.

—Si su deseo era matarme —se mostró escéptico el *budoka*—, tuvo una oportunidad de oro, conmigo atado ante él.

Collins se rascó la barbilla, desconcertado.

—Entonces, la verdad es que no entiendo nada —declaró—. ¿Quién puede ser el impostor?

—Me gustaría saberlo, inspector —suspiró el joven—. Me gustaría.

—Ese *Serpiente... e*s un asesino profesional. No sé, pero no termino de fiarme...

—Yo tampoco, inspector —aseguró el *karateka*—. Nunca se puede confiar en una persona como la *Serpiente.* Por eso preferiría no tener su ayuda. Arreglar las cosas a mí modo.

—Su sistema de investigación tampoco es muy ortodoxo —sonrió el policía.

—Pero es efectivo. Y eso es lo que importa.

—Sí, supongo que eso es lo que debe importar —se encogió de

hombros el policía, sacando su pipa—. Pero a mí no me gusta la violencia. Prefiero la inteligencia.

—Supongo que habrá leído a Conan Doyle —sonrió el joven—. A mí tampoco me gusta la violencia. Pero muchas veces tuve que emplearla.

Entonces, oyeron el timbre de la puerta.

—¿Esperaba a alguien, Halloway? —preguntó el policía.

—No. Creí que sería alguno de sus chicos.

—Solo traje un agente, que me espera en el coche-patrulla —recordó Collins.

Fueron ambos a la puerta.

—¿Quién es? —preguntó Donald.

Una voz llegó del otro lado, pronunciando un inglés con acento extranjero. Japonés, probablemente. O chino. No podía saberlo con certeza.

—Vengo a darle información sobre la *Serpiente,* Halloway-*San* —quedaba evidente que era japonés—. Supe que me estaban buscando por un homicidio y decidí hablar, señor, con usted.

—Cree que está usted solo, Halloway —dijo el inspector en voz baja—. Abriré yo. Tenemos suerte.

Y, sin más preámbulos, abrió la puerta. Por ella, entró la Muerte.

CAPÍTULO VI

Nadie esperaba aquello. En todo caso, podía temerse una trampa. Pero no como aquella.

La *Katana* trazó un arco en el aire, manejada por dos expertas manos que la sujetaban por el largo mango. Alcanzó a Collins. Y el resultado fue devastador.

Un surco sangrante apareció tras las ropas desgarradas del inspector, atravesándole todo el torso en diagonal. Este no tuvo tiempo ni de gritar. La Muerte fue rápida, y cuando el largo y curvado acero terminó su horripilante trabajo, el inspector caía al suelo, chorreando abundante sangre, que llenó el suelo en torno suyo en pocos instantes.

Halloway contempló como alucinado la muerte del policía, sin poderla evitar. El que la manejaba, era un experto.

Pero se había equivocado. Donald lo supo cuando pudo ver al dueño de la afiladísima *Katana,* ahora ensangrentada. Vio el rostro oliváceo, lleno de tanto estupor como él mismo, al ver el cuerpo sin vida de Collins a sus pies. Después, su mirada almendrada se posó en él, llena de odio.

Era él la víctima, no cabía duda. Pero había matado sin querer al inspector de Scotland Yard.

Instintivamente, adoptó una postura de combate, mientras miraba con respeto la brillante y enrojecida hoja de la *Katana.*

—Te has ganado una buena, amigo —silabeó el joven, en japonés—. Era policía.

El asesino no dijo nada. Solo le miró, con sus ojos oblicuos chispeantes. Y le lanzó un mandoble.

Donald tuvo que saltar hacia atrás para esquivarlo, tropezó con algo, y cayó de espaldas. Pero no había peligro, pues el *kendoka* asesino no intentó siquiera acabar con él. Huyó a toda velocidad.

El *karateka* se puso en pie de un ágil salto y salió en su persecución. Quería acabar con todo aquello de una vez. Y ahora tenía la oportunidad.

—¡Quieto! —instó al asesino.

Pero el oriental era rápido como un demonio y bajó Las escaleras a velocidad de vértigo. El miedo a ser apresado pone alas en los pies, según dicen.

Donald, mientras corría tras el *kendoka,* tuvo la impresión de haberlo visto en alguna otra parte. Pero no podía saber dónde. Y menos ahora.

Por fin, llegó a la calle. El asesino corría como una gacela, con grandes zancadas, procurando que no se le cayese la *Katana.*

Cerca, estaba el pequeño coche-patrulla en el que vino el inspector asesinado. Su conductor, un agente ce uniforme azul, sin el típico casco de los *bobbies* Londinenses en su cabeza, salió de él, sospechando algo de todo aquello.

Un oriental con *Katana* huyendo, seguido por Halloway, es sospechoso.

—¡Deténgale, agente! —gritó Donald—. ¡Ha asesinado al inspector!

Lo intentó, al menos, cuando el tipo pasaba junto al automóvil. Pero poco podía hacer frente a él. El *kendoka* se libró del policía con un duro golpe propinado con el mango de la espada en su estómago.

Después, fue imposible detenerle. Se perdió en la oscuridad.

Donald se resignó y ayudó al policía. Este estaba sobre el asfalto, quejándose de un agudo dolor en el vientre. Pero, por lo demás, afortunadamente, estaba bien.

No se podía decir lo mismo de Collins...

Miró con cierta ira las sombras por dónde desapareció el asesino.

¿Podía ser aquel el oriental al que se refirió Mathers antes de su muerte? Todo daba a entender que sí.

Pero... ¿Sería la falsa *Serpiente*?

Sabía que lo había visto en alguna otra ocasión, pero no recordaba bien dónde él.

* * *

Necesitaba desahogarse, así que no dudó un instante en marcharse al *Kami* una vez concluido el interrogatorio de la policía. Era tarde para dar clases, pues llamó por teléfono unas horas antes, informando de que no iría.

Pero el *Kami* estaba abierto.

Sus compañeros estaban dando clases, así que marchó directamente hasta la vacía sala que él tenía asignada para enseñar el *Karate,* se puso el *Karategi* y comenzó a pegar puñetazos furibundos a un *Makiwara,* una especie de *punching-ball* usado en el *Karate* para el entrenamiento individual. Pero, no contento con eso, comenzó a arrearle a un saco lleno de arena que colgaba del techo mediante cadenas.

A pesar de que sus puños parecían de acero, después de varios minutos golpeando el saco, los nudillos se despellejaron y enrojecieron por la sangre. Entonces, le tocó el turno a las patadas.

En ese momento, se abrió la puerta decorada con dibujos japoneses.

Donald se revolvió con rapidez casi fulgurante, dispuesto para saltar. En su garganta se ahogó un potente *Kiai,* que estuvo a punto de salir.

Era Jean, la secretaría administrativa del club. Le miraba, sorprendida.

—Oí... oí golpes aquí —se explicó la joven de rojos cabellos—. ¿Te encuentras bien?

Donald suspiró, relajándose.

—Sí, Jean —respondió—. Solo estaba... entrenándome.

—¿Entrenándote? Pues atizabas al saco como si estuvieras enfurecido con él. Y estás herido...

Miraba sus manos enrojecidas, los sangrantes, nudillos...

—Ven —le ordenó—, te curaré con lo que encuentre en el botiquín.

Donald la siguió. Por unos instantes, se miró las manos y se preguntó dónde habría dejado su paz espiritual durante aquellos minutos.

—Estoy acostumbrado —le quitó importancia el joven, pero a pesar de todo caminó junto a ella hasta su despacho—. Muchas veces me he roto las manos en los entrenamientos. Esto no tiene ninguna importancia.

—Pero duele —le miró con severidad—. Y es mejor que no lo tengas. Además, para mí sí es importante porque me asusta mucho la sangre.

Entraron en el despacho. Jean, apresuradamente, se apoderó del botiquín.

—A mí también —tragó saliva el joven—, aunque no te lo creas.

La pelirroja cogió su mano y comenzó a examinarla.

—¿Por qué no me lo iba a creer? A la mayoría de la gente le aterra la sangre. A muchos les parecerá que tú estás acostumbrado, pero...

—No lo estoy —suspiró el *karateka*—. Nunca se acostumbra uno a esas cosas.

Jean le miró a los ojos, mientras le desinfectaba la mano herida y se la vendaba.

—¿Te sucede algo? —preguntó—. Disimulas muy mal. No sirves para actor. Así que dime la verdad si no quieres que me enfade. Y, si eso sucede, ni tu *Karate* te salvaré de lo que te espera.

Halloway sonrió.

—¿Recuerdas al inspector Collins —se ensombreció de nuevo su gesto—, aquel policía que iba conmigo y hacía preguntas a todo el mundo el otro día, cuando el atentado?

—Sí, lo recuerdo. El policía con cara de Sherlock Holmes, que siempre llevaba una pipa en la boca... ¿Le sucede algo?

—Ha sido asesinado —soltó el joven, a bocajarro—. Y en mi propia casa.

—Dios mío... ¿Y cómo ha sucedido?

—Le mató un japonés —respondió, mientras la joven acababa de vendarle—. Seguramente a quién quería matar era a mí, pero se equivocó y su *Katana* mató a Collins. Después, huyó.

—Qué horror... ¿Y con una *Katana,* dices? Entonces, debe ser algún viejo enemigo tuyo.

—No lo sé —se miró la mano, pensativo—. Tengo la sensación de que le vi en algún otro lugar, pero... No lo recuerdo.

—Pobre Donald —le miró, entristecida—. No encuentras la

tranquilidad pese a lo mucho que lo deseas. Probablemente se trata de algún odio de antaño, todavía vivo y ocupando el pecho de alguna persona.

—Odios hacia mi hay muchos —sonrió el joven, con amargura—. Quizá demasiados para poder llevar una vida tranquila. Me persigue mi antigua existencia, y quizá después de todo me guste, pese a sus sinsabores. Lo malo está en las vidas humanas que se pierden, muchas veces por mí culpa. Collins ahora. Antes, Ted Rogers, mi mejor amigo y compañero inseparable. Y, sobre todo ello, está la muerte más injusta, la de aquella pobre mujer...

Entonces, algo se disparó en el cerebro de Donald Halloway. Un resorte que solo debía ser acariciado, para que saltara. Un recuerdo que hasta entonces estará oculto en su mente.

—¡Ya lo recuerdo! —jadeó el joven, con la alegría que puede traer consigo un recuerdo transcendental para descubrir el porqué de lo que sucedía, el motivo de todos aquellos rencores desatados que de nuevo se introducían en su vida—. ¡Ya sé dónde vi al asesino!

* * *

Todo empezó allí mismo, en Londres, un par de años atrás, cuando Donald Halloway era aún un hombre lleno de ansias aventureras. Tenía gran fama por su lucha contra el mundo del crimen.

Había viajado por casi todo el mundo junto a su amigo Ted Rogers —y a veces solo—, llevando a cabo hazañas prodigiosas. Unas veces por dinero. Otras, por obligación moral. Lo cierto es que Donald Halloway, *budoka,* guardaespaldas, cazarrecompensas, detective, mercenario... y un sinfín de cosas más, había llevado una vida muy ajetreada y tenía un nombre dentro del mundo de los sucesos. En muchas ocasiones, su fotografía salía en los periódicos, ilustrando una noticia llena de sensacionalismos.

En ese momento, no estaba de vacaciones. Ni mucho menos.

Había una recompensa por parte de las autoridades británicas para el que facilitase información a la policía sobre cierto famoso y sanguinario asaltador de Bancos, que tenía en jaque a la Justicia. Y Donald Halloway, junto con su amigo Ted, comenzó a buscarle, como buen sabueso que era en aquellos asuntos.

Y encontró algo. Una pista, que enseguida entregó a la policía.

La recompensa le fue entregada, pero el despiadado ladrón no fue capturado. Aunque herido, logró escapar del acoso policial.

Su venganza fue terrible.

Donald, por simple sentido de justicia esta vez, le siguió buscando. Y volvió a acercarse demasiado al criminal.

Por aquel entonces, Donald conoció a Belinda Kensington, una chica

snob que se sintió fascinada ante la idea de vivir un idilio romántico con aquel joven y apuesto inglés. Sobre todo ahora, que tan de moda está el *Karate,* después de haber tenido un gran impacto en todo el mundo occidental. Y con los músculos que tenía el muchachote...

Y, para colmo, era un gran héroe. Un hombre cuyos días estaban llenos de emoción, misterio y peligro.

Eso era él para Belinda. Un nuevo juguete, que salía mucho, demasiado, en la *prensa amarilla.*

Por su parte, Donald la tenía como una chica mimada, acostumbrada a tener de todo. Y eso no le gustaba, pero su belleza e ingenio natural le atraían.

Así salieron durante algunos días, alternando él su obligación y la diversión. Frecuentaron los restaurantes, las discotecas, las fiestas de sociedad —donde Belinda le mostraba a sus influyentes amistades como a un perrito faldero, sin darse cuenta de que lo que en realidad tenía era a un león—. Y al mismo tiempo, Donald Halloway, el *budoka,* el aventurero, el *Gato,* en suma, seguía con la caza implacable.

Pero una noche...

Donald lo recordaba como un sueño. Mejor, como una alucinante pesadilla, de la que al parecer aún no había despertado.

Volvían de una discoteca sita en el centro de la ciudad. Decidieron dar un paseo, para charlar. Recordaba que Belinda le pareció aquella noche más bonita que nunca, con el pelo revuelto y los ojos aún chispeantes de alegría. No supo nunca si por las copas o por estar junto a él.

Hablaron de cosas que eran auténticas, pero que entonces no se lo parecieron. Belinda se reía de todo.

Pero, de pronto, un coche pasó junto a ellos. Era un coche corriente y Donald no le dio la más mínima importancia. Nadie se asusta por ver pasar un automóvil a su lado.

Pero, por culpa de aquel vehículo, la alegría se transformó en tragedia. Las risas, en gritos de agonía.

Unos cañones negros tabletearon, escupiendo muerte a través de las ventanillas abiertas del automóvil. Veloces cilindros de níquel buscaron su cuerpo. Pero encontraron el de Belinda en su camino, debido a la precipitación en los disparos.

El cuerpo de Belinda tembló, sacudido por la ráfaga mortal. Hubo chillidos entre la gente que les rodeaba, desmayos incluso... Algunos recibieron también impactos de balas. Pero fue Belinda el único cadáver de aquella noche sangrienta.

Los asesinos escaparon, dejando a la inerte Belinda sujetada por sus brazos. Donald, asustado por las horrendas heridas, ni siquiera pensó en ir tras ellos. Y Belinda murió a su lado, con cinco proyectiles en su joven

cuerpo.

Su muerte le dejó anonadado. Los asesinos fueron, sin duda, los hombres del sujeto al que perseguía.

Y Belinda murió por su culpa. Él era el responsable, pese a no ser su dedo el que apretó el gatillo.

Tardó varios días en encontrar a los asesinos, pero cuando al fin halló su escondrijo, estaba tan ofuscado que hubiera causado una matanza. Si no le mataban a él, claro, pues un *karateka* vengativo pierde su mejor arma: la serenidad.

Pero no sucedió ninguna de las dos cosas.

Cuando entró en la guarida de los criminales, destrozando, convirtiendo en astillas la puerta de una patada furiosa, solo encontró cadáveres en su interior. Muerte y destrucción era lo único que allí había.

Llevaban poco tiempo muertos, y aquel tipo de muerte solo podía causarla una afilada espada, manejada con destreza por un experto. Los cortes eran profundos, mortales por naturaleza, y muy precisos. Fuera quien fuere, sabía matar.

Y entonces, al salir de allí, confundido, lo vio. Era un japonés que huía, con una *Katana* en la diestra.

Ahora lo recordaba a la perfección. Era el mismo hombre que mató a Collins, creyendo que era él.

El japonés se volvió. Sus miradas se cruzaron. Había en aquellos ojos oblicuos odio. Odio... hacia él.

Esa fue la sensación que tuvo. Y no se equivocó.

Halloway, en esa ocasión, no hizo nada para detenerle. Fingió no ver la *Katana* enrojecida por la sangre. Y quizá aquel fue su gran error.

Quizá si en aquella ocasión hubiera actuado de otro modo, ahora no pasaría aquello. Pero, aunque era tarde para rectificar ciertas cosas, todavía podía evitar más daños.

* * *

A la mañana siguiente, se apresuró a buscar en los archivos electrónicos del Registro Civil de la ciudad. Los ordenadores le dieron todos los datos que precisaba sobre Belinda Kensington y su vida.

Allí estaba todo. Todo lo que se sabía sobre la señorita Belinda Kensington, nacida en Londres en enero del 61. No era mucho, ciertamente. Pero sí lo suficiente para Donald Halloway.

Entonces, por fin, tuvo ante él, en la pantalla del ordenador, la verdad, reflejada con toda su crudeza y realismo.

* * *

La vivienda de los Delany estaba silenciosa. Quizá no hubiera nadie en su interior, pero Donald Halloway estaba seguro de que no era así.

Quedaba poco para que llegara la noche, pero de todas maneras despidió el taxi que le trajo hasta allí. Probablemente cuando todo aquello terminara necesitaría un paseo. Y estaba seguro de que no le importaría en absoluto regresar a pie a la ciudad.

Estaba seguro.

Cuando el taxi se alejó en dirección contraria, Donald emitió un hondo suspiro y comenzó a caminar hacia la casa de su amigo Robert.

Allí comenzó aquel asunto. Y allí se acabaría.

Acarició casi con ternura algo que llevaba oculto tras él, escondido entre la cazadora de cuero y la correa de sus pantalones. Era un objeto, muy útil en el *Budo* como arma, complicado de manejar, aunque su estructura y construcción sean sencillas.

Unos *nunchaku.*

Un arma terrorífica, que en manos de un experto puede causar una masacre. Y Donald Halloway era un experto.

Los necesitaría. Por eso los llevaba.

Llegó hasta la puerta. Todo estaba silencioso. Pulsó un botón y la calma se rompió, quebrada por un zumbido molesto, rayano a la estridencia.

Se oyeron pasos al otro lado y una voz femenina diciendo:

—Ya voy. ¿Quién es?

Donald sonrió con dureza y no tuvo ningún reparo en contestar.

—Soy Donald Halloway, Dorothy.

La puerta se abrió entonces, quedando el paso franco. Tras ella, estaba Dorothy Delany, la esposa de su *kendoka* amigo, mirándole con sorpresa y alegría.

Parecía lógico que se alegrase de ver a su amante de una sola noche.

—¡Donald, qué alegría! —le invitó a entrar—. Entra...

El joven obedeció, sin decir nada.

—Me enteré de lo que sucedió ayer, Donald —se entristeció de pronto—. Sería algo espantoso... ¿verdad?

Donald no respondió, pero la siguió hacia el interior de la casa.

—Pobre inspector... —suspiró la mujer—. ¿Es cierto eso de que la *Serpiente* es japonesa?

—No, Dorothy —negó el *budoka*—. La *Serpiente* no es japonesa. Ni siquiera tiene nada que ver con esto, salvo su lógica preocupación porque un impostor usa su nombre para cargarle mi muerte.

—¿De qué hablas, Donald? —sonrió la mujer, confundida por sus palabras.

Donald sonrió, mirando compasivamente a la esposa de su no presente amigo.

—No me andaré con rodeos, mujer —comenzó—. Nunca fue ese mi estilo. Ni lo será en esta ocasión. Y espero que tampoco sea el tuyo.

Dorothy parecía no entenderle. Su mirada era de estupefacción.

—Sé toda la verdad —siguió diciendo el joven—. No hace falta que te hagas la inocente, Dorothy Delany. ¿O quizá sería mejor llamarte por tu nombre de soltera? Lo que puede hacer un simple apellido... ¿No es cierto, *Dorothy Kensington?*

La mujer respingó al oír aquello. Le miró, súbitamente transmutada su expresión, con ojos brillantes por la cólera.

—Así que ya lo sabes... —comenzó a retroceder poco a poco—. No importa. Te llevarás el secreto a la tumba.

Y entonces, cómo si aquellas palabras hubiesen sido una orden, alguien apareció a sus espaldas. Alguien, que no era otro más que el *kendoka* japonés, asesino del inspector Collins, de Scotland Yard.

Donald se volvió poco a poco. El japonés llevaba su *Katana* enfundada, en las manos amarillentas. Su expresión era de furia.

—¿Por qué todo esto, Dorothy? —preguntó—. Han muerto muchos por un motivo pueril, mucha sangre se ha derramado sin causa que la justifique. ¿Por qué? ¿Por... venganza?

Dorothy rio.

—¿Qué otro motivo puede haber, Halloway? —su respuesta fue clara —. Tú tenías razón. De no ser por ti, mi hermana, Belinda, seguiría viva. ¡Tú la mataste!

Su risa fue histérica.

—Yo la quería, *budoka.* La amaba con todo mi corazón. Y también Yoshiro, que durante toda la vida fue como un hermano para ella —hablaba del japonés—. Y por tu culpa perdió la vida. Los que la matasteis merecéis el castigo que tenéis: la *muerte*. Los demás ya cayeron bajo la espada vengativa de Yoshiro, y tú morirás ahora.

—La ira te ciega, Dorothy —advirtió el *karateka*—. Has estado estos dos años obsesionada por su muerte. Si pensaras un poco, te darías cuenta de que no soy culpable de nada, aunque incluso mi conciencia diga lo contrario. Visto con frialdad, nadie tuvo la culpa. Ni siquiera los que le dispararon.

Ella le miró, furiosa. Parecía enloquecida.

—No te salvarás con subterfugios, *budoka* —dijo—. Quiero tu muerte y la tendré. Yoshiro me la dará.

Donald suspiró, resignado. Sabía que no lograría convencerlos.

—¿Y los otros? —Probó con otra baza—. ¿Tan justa fue vuestra causa que incluso debían morir inocentes?

Esta vez habló el nipón, en inglés.

—La muerte de aquel policía fue un error —se defendió—. Nada

teníamos contra él.

—Y Mathers sabía demasiado —continuó Dorothy, la vengativa y falsa *Serpiente*—. No tuvo más remedio que matarle. Si hablaba, el riesgo era demasiado grande.

—Pero habló, a pesar de todo —recordó el joven, separando al mismo tiempo las manos del cuerpo y acercándolas a su espalda—. Has dicho que lo de Collins fue un error... También lo fue la muerte de Belinda. Un trágico error. Yo era quien debía recibir esas balas. Pero el destino no lo quiso así.

Dorothy volvió a reír, sarcástica.

—En ese caso, arreglaremos el error, rectificaremos la decisión del destino por la que debió ser la justicia desde el principio. ¡Mátale, Yoshiro!

La mano del japonés se movió, veloz, agarrando el pomo de su *Katana* y sacando su resplandeciente hoja de la funda. Se proponía cumplir la orden de la vengativa y enloquecida Dorothy, como honor póstumo a Belinda Kensington.

Pero también la diestra del *karateka* fue fulgurante, cogiendo los *nunchaku* que llevaba escondidos. Dorothy, que se hallaba demasiado lejos, no pudo impedirlo.

Comenzó a voltearlo ante la mirada del japonés. La mujer jadeó de ira al ver que el joven iba armado y decidió utilizar otro sistema, pues en su dormitorio tenía un revólver cargado, el mismo que Yoshiro utilizó en el primer atentado, y que su ignorante marido no sabía que existía.

Mientras, Donald se colocó en una típica postura de combate con *nunchaku,* muy parecida a la *Neko-Ashi-Dachi* o *de los pies de gato,* con el brazo derecho doblado, su puño a la altura de la cabeza y sosteniendo uno de los palos del arma, y el izquierdo pasando bajo el codo diestro, sujetando el otro palo. El *nunchaku* estaba, pues, a la altura del hombro derecho, preparado para actuar.

—Esto es una locura, Yoshiro —advirtió el joven, en japonés—. Vuestra venganza terminó con la muerte de aquellos asesinos.

Dorothy se preparó para subir a su dormitorio cuando empezase la pelea, ya que Halloway estaría distraído entonces.

—Silencio, inglés —silabeó con furia el japonés—. Hablar no te salvará.

Entonces, saltó. La *Katana* destelló en el aire, buscando su garganta. Halloway se agachó, en lugar de parar el ataque con su arma.

En el mismo momento en que la *Katana* surcaba el aire, un grito poderoso salió de los pulmones del nipón. Un *Kisi* ronco, parecido a un trallazo para los oídos del joven.

—¡EEEEA AAAAAIIIIIII...!

Y, simultáneamente, un disparo, que cortó en seco el potente *Kisi,*

salido de alguna parte.

Yoshiro pareció alcanzado por un rayo y cayó, dando una grotesca voltereta en el aire, desmadejado. Muerto, en suma.

—¡No! —chilló Dorothy—. ¡Yoshiro!

Sin pensarlo dos veces, se arrojó sobre el nipón, desesperada. Pero ya no podía hacer nada por él. Lloró, rota por dentro.

—Él no... —sollozaba—. Él también, no...

Miró al autor del disparo. Había entrado por una ventana durante la conversación y se había decidido a intervenir. Era la *Serpiente,* vestida toda de negro —incluso la capucha y los guantes—, con un humeante revólver en las manos.

—Acabo de salvarte la vida, Halloway —rio el misterioso asesino—. Es algo que me debes. Una garantía para el futuro.

—No hacía falta acabar con él por la espalda —le reprochó el joven.

—Los escrúpulos solo sirven para que te maten. Deberás deshacerte de ellos si quieres seguir viviendo —miró a Dorothy—. Sabía que hallarías la verdad, por lo que sabía de ti. No me equivoqué.

Donald se agachó y cogió la caída *Katana* del muerto, dejando los *nunchaku* en el suelo.

—Entonces, sabrás que eso es un asesinato —comentó el *budoka*—. Y que yo no puedo dejarlo impune.

—Lo sé —asintió el enmascarado—. Pero después arreglaremos eso. Antes, debo hacer algo.

Y, sin que nadie pudiera preverlo, apuntó a Dorothy Kensington, la falsa *Serpiente,* a la cabeza... y disparó. El estallido del percutor sobre el detonante del proyectil martilleó el cerebro de Halloway mientras veía como la bala atravesaba el cráneo de la joven, entre salpicaduras de sangre y masa encefálica.

Vio, al *ralentí,* como caía la joven esposa de Robert, muerta en el acto, sin saberlo siquiera.

—¡No! —aulló el *karateka,* descompuesto por la horrible y estúpida muerte de la mujer—. ¡Asesino sin conciencia!

Se dejó vencer por un impulso, en contra de lo que predica el *Karate.* Después de todo, él seguía siendo un hombre. Y los hombres, por fuertes que sean, pueden ser arrastrados por la vorágine de la violencia.

La *Katana* escapó de sus manos, como llena de vida, deseosa de vengar aquellas muertes, impulsada por el potente brazo del *budoka. Y,* con un chasquido, se sepultó en el estómago de la *Serpiente,* que no creyó lo que pasaba.

—Mal... dito... —balbuceó, antes de derrumbarse, sin vida.

Donald, tembloroso, se inclinó sobre la ya muerta *Serpiente,* arrancándole la máscara. El rostro que apareció ante él le era totalmente

desconocido.

Después de todo, hay veces en que un rostro no significa nada. Este era uno de esos casos.

Después, mareado, asqueado por todo, decidió marcharse. Quizá Keisho podría ayudarle a olvidar aquello.

Quizá...

FIN

RELOJ ALARMA

Este reloj digital de cuarzo líquido con avisador programado y cuatro pulsadores dispone de las siguientes funciones: Hora, minutos, segundos, n.º de mes, día del mes, día de la semana, programador de alarma y luz para la noche.

Ref. 2.077

sólo 2.200,— pts



MINI RELOJ DE PENDULO

Bellísimo reloj que simula un reloj de péndulo de cuco: funciona a cuerda y el péndulo y la palomita superior están en continuo movimiento. Finamente decorado a mano este simpático reloj reproduce una casita tirolesa con elementos en relieve. Por sus pequeñas dimensiones (150 × 110 mm) es ideal para dar una nota de alegría a las habitaciones juveniles.

Mini Reloj de Péndulo

Ref. 2.279

por sólo 1.750,- pts.



RELOJ DIGITAL PARA SEÑORITA

Con caja y pulsera de acero inox. de bellísimo diseño. Tiene cinco funciones: Horas, minutos, segundos, mes y día del mes y luz para lectura nocturna.

Ref. 2.053

sólo 1.150,— pts



RELOJ DIGITAL PARA CABALLERO

Resistente reloj de caja y pulsera en acero inox. Con cinco funciones: horas, minutos, segundos, número del mes, día del mes y luz para lectura nocturna.

Ref. 2.052

sólo 1.150,— pts

Condiciones para America, pedir información.

Sr. Director: Acogiéndome a sus ofertas y teniendo en cuenta las garantías que me ofrece, le ruego me envíe a mi domicilio los artículos que le detallo a continuación, así como los regalos que me corresponden de acuerdo con el importe de mi pedido.

REF.	ARTICULO	PRECIO
PAGO REEMBOLSO	GASTOS DE ENVIO	150
	IMPORTE TOTAL	

Nombre ________________ Edad ____

Domicilio ________________ Tel. ____

Población ________________ Dto. Postal ____

Provincia ________________ Fecha de pedido ________

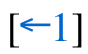
Escribir a **BAZAR POPULAR**, Apartado 14.020, Barcelona





Precio en España 60 ptas.

Notas



Todos estos detalles aparecen en la novela del mismo autor titula *Manos vacías*, aparecida en esta misma colección.